REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 27 de Abril | Núm. 16

Año XVI—No. 728

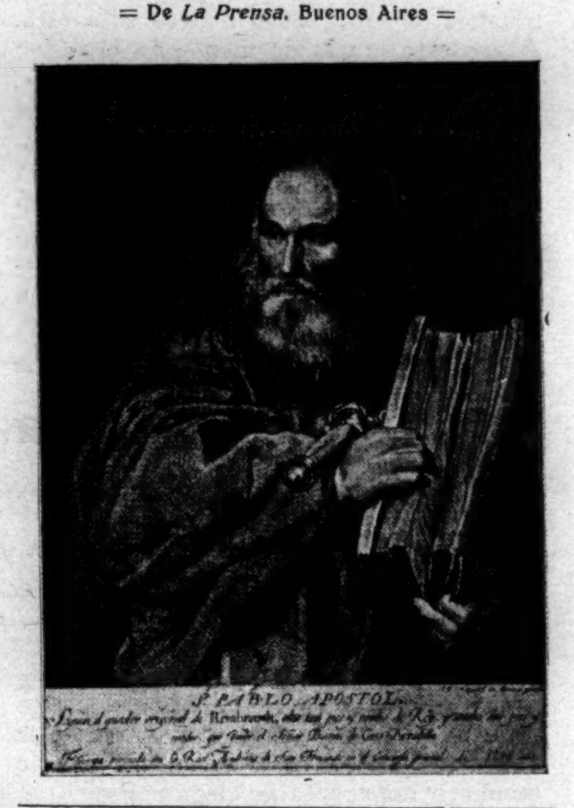
SUMARIO

Pablo contra Roma

Por *ARTURO CAPDEVILA*

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Saulo será el campeón; Saulo de Tarso, fariseo, helenizante, perseguidor del nombre de Cristo, Saulo o Paulo finalmente converso. Paulo confiesa lo que negó; niega lo que confesara. Es otro. En lo alto de su palabra giran las puertas de los tiempos; pasa la plenitud en el viento de su palabra. "Fuí atacado de ceguera—dice—y he aquí ahora mis ojos son nuevos". Es escuchado por Pedro en Jerusalén. Como a gran varón se le escucha. Había conseguido librarse de la muerte en Damasco, había triunfado de sus enemigos, y allí estaba, listo. ¿Qué será de él, mañana? Irá a Tarso, marchará a tierra de Antioquía. Helo ahí, más tarde, entre los apóstoles; apóstol también; igual que uno de ellos. Y atendida su visión política, mayor que todos. Que tiene prodigiosa visión política es cosa segura. Ya en sus comienzos, convierte a un gobernante: a Sergio Paulo, de Chipre. Este lance le señala el camino. Será en lo sucesivo apóstol entre los gentiles. Su tacto es finísimo; pero, de ser necesario, nadie más rudo que él. Llega a Antioquía. Bríndanle hospitalidad a porfía los prohombres judeocristianos de la ciudad. Pero él se hospeda en casa de paganos convertidos; mora y come con ellos. Pedro no mira las cosas del mismo modo y se aparta del trato de aquéllos. Paulo se encoleriza: que es muy capaz de ser impetuoso y terrible. ¡Hipócrita!, le grita a Pedro, y le moteja de pusilánime. Pedro calla. Paulo sabe su propio camino y le seguirá. Se abren para él, mejor dicho, todos los caminos del mundo. ¿Cómo hará para acudir a todas partes? Para acudir a todas partes escribirá epístolas. Su espíritu, ya que no su persona misma, viajará hacia unos y otros términos. Ha recorrido mucho mundo: la Siria, la Colicia, la Frigia, la Galicia, la Misia, la Macedonia. Mas: ha estado en Atenas, donde, fiel a su sino político, ha hablado ante los sabios del Areópago. Ahora está en Corinto, en la reedificada y siempre voluptuosa Corinto. Allí escribe epístolas. Después, mundo adelante, las escribirá también a los corintios. Viaja y escribe cartas. Y un día, hallándose de nuevo en Co-



rintio, escribe a Roma. Allí tendrá que ir un día: bien lo sabe. Mas no será que llegue como viajero sino como acusado, en uso del derecho de apelación ante el emperador. Está en la cárcel. No importa. Entre los guardianes hay quien lleve y quien traiga cartas. Por consiguiente, no descansa su espíritu proselitista. Libre o cautivo, ésta será su misión hasta el día en que le decapite el César. (Todo lo cual consta en muchísimos libros y singularmente en el tomo primero de la "Historia de la Iglesia" del cardenal Hergenrother).

Saulo ha muerto; pero sus cartas viven como nunca. ¿Qué decían estas cartas? ¿Cuál era su poder? Esas cartas eran espíritu vivo, fuego del alma, así para lo religioso como para lo social. Pero nosotros nos ocuparemos sola y exclusivamente de este último aspecto, y para mejor entenderlas, trataremos de saber desde luego algunas de las cosas del libro de "Los Actos".

Por de pronto cabe inferir ("Actos", I, 13 y 14) que las primitivas juntas cristianas se componían de varones y mujeres: "Y entrados, subieron al cenadero, donde estaban Pedro y Santiago, Juan y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simón el celador, y Judas, hermano de Santiago. Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego "con las mujeres", y con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos".

A poco, la junta alcanzaba al número de como ciento veinte. Los doce apóstoles no parecen sino delegados suyos, uno por cada diez. Lo que asimismo resulta muy claro es que la junta mixta elige un nuevo apóstol, así que hubo muerto Judas, y que lo hace por elección democrática, en dos pasos: señalaron primero a dos y luego echaron suertes.

Apenas hay para qué decir que la antigua Ley se modifica; el viejo canon hebraico se vuelve universal; deja de haber "pueblo elegido" para que haya en cambio "humanidad". Tal el sentido del don de lenguas de los apóstoles y la admisión al sacramento bautismal de incircuncisos y gentiles.

Explíquese con todo ello la irreducible fuerza de expansión que muestra el cristianismo naciente, cuyos adeptos no cesaban de predicar y practicar las cosas de la buena nueva, de cabaña en cabaña, de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, aun a riesgo de perder la libertad o la vida, pues por doquiera se formaban, para defensa del viejo orden comprometido, bandas de fariseos armados. Porque aconteció que "los príncipes se juntaron, y los ancianos, y los escribas, en Jerusalén. Y Annas, sumo sacerdote, y Caifás, y Juan, y Alejandro, y todos los que eran de la parentela del sumo sacerdote" ("Actos" IV, 5 y 6). Defensores del viejo orden que ponían mano sobre los cristianos y los arrojaban a las cárceles. Saulo mismo andaba al medio, asolando las iglesias, entrándose por las casas, echando varones y mujeres a la prisión. Así andaba Saulo—el San Pablo de mañana—"resoplando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor" (VIII, 3). Eran frecuentes además las matanzas por dila-

pidación . Así murió Esteban (VII, 58 a 60); así murieron muchos. La espada no descansaba tampoco. A espada murió Santiago el menor (XII, 2). Pueblos enteros eran arrojados al hambre y al frío por este nuevo crimen político de ser cristianos: "Y en aquel día fué hecha una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria" (VII, 1).

De todas formas, una real solidaridad humana comenzaba a organizar la sociedad para el amor, con tal espíritu de mutua protección que pueblos entre sí lejanos, lejanísimos, se ayudaban los unos a los otros con óbolo de limosna.

He aquí la prueba: "Y en aquellos días descendieron de Jerusalén profetas a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que había de haber una grande hambre en todo el mundo, la cual también vino en tiempo de Claudio César. Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron de enviar subsidio a los hermanos que habitaban en Judea. Lo cual asimismo hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Barnabás y de Saulo (XI, 27 a 30). Caso idéntico al de la Epístola de San Pablo a los romanos, en que leemos: "Cuando me partiere para España, vendré a vosotros... Mas ahora parto para Jerusalén a ministrar a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron por bien de hacer una colecta para los pobres de entre los santos que están en Jerusalén (Epístola XV, 24 a 26).

Entretanto, la persecución no disminuía sino que acrecentaba el número de los prosélitos. Y la natural simpatía que la desgracia y el heroísmo infunden, comenzaba a falsear acá y allá las cerraduras de las cárceles. Veamos cómo es cierto: Pedro está preso. El rey Herodes ha puesto su mano sobre él; ha maltratado a la Iglesia; ha alegrado el corazón de los amigos del viejo orden. Pedro está en la cárcel y cuatro cuaterniones de soldados le guardan. Después será sacado y arrojado al pueblo. "Y cuando Herodes le había de sacar aquella misma noche, estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, preso con dos cadenas, y los guardas delante de la puerta que guardaban la puerta de la cárcel... Y he aquí un ángel del Señor... Y le dijo el ángel: Sígueme... como pasaron la primera y la segunda guardia, vinieron a la puerta de hierro que va a la ciudad, la cual se les abrió de suyo"... ("Actos", XII ,1 a 10).

La revolución está en marcha. Las cárceles se abren, según acaba de verse, como por manos de ángeles. Los magistrados temen ya las iras populares. Algo hay que se levanta en el corazón de las multitudes: un grito, una queja, una esperanza, todo junto. La revolución está en marcha. Saulo ha oído ya la voz de los nuevos tiempos en el camino de Damasco. "Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?" Ha respondido: "¿Quién eres, Señor?" Le ha dicho la voz: "Soy Jesús". Y él, otra vez: "¿Qué quieres que yo haga?" Y la voz: "Entra en la ciudad y se te dirá". Y entra. Y se le dice.

De todo van sirviendo las cárceles menos de lugar seguro. El cristiano instala en ellas su alma como bajo el pabellón de los cielos en los grandes días religiosos de la raza. Lo hace ahora para tumbar una sociedad, para derribar unos tiempos atroces. El cristianismo sabe canciones —plegarias, sin duda—que parecen empero cantos de guerra. Y las canta a medianoche en el silencio de las cárceles (XVI, 25) dirigidas al Dios nuevo.

La revolución está en marcha. Sabemos que a la sazón se poblaron los campos de señales fatídicas, de erupciones volcánicas, de incendios aciagos. Un nuevo dios, que era Dios, se alzaba contra los antiguos dioses. Esto era lo que muchos decían. Pero no era sólo esto. Acaso esto era lo de menos en el orden civil: que estos dioses significaban, cuando mucho, lo que las banderas en los ejércitos. No era a fe el nombre de Cristo, por tal nombre, lo que se odiaba ya en Roma. Por el contrario, la Roma disoluta complacíase en asimilar a cuantos dioses gozaban de predicamento entre las naciones, sin excluir siquiera a los que sus conquistas incorporaban. Los dioses eran lo de menos. Lo que allí guerreaba excedía los términos del Olimpo y llenaba el mundo. Las fuerzas que allí chocaban—bien lo sabemos nosotros—eran muy otras. Chocaban, a decir verdad, el Derecho de Roma, dueña del orbe, con el Derecho de las gentes desheredadas. Se hallaban frente a frente, mejor dicho, el Derecho del mundo y la Iniquidad romana.

Había llegado la hora de Saulo, el de las Epístolas: la hora de poner cerco a Roma, la hora de estrechar el asedio. Bien sabía él de las astucias romanas. Años atrás había escrito a las greyes de la Ciudad elegida: "Os ruego, hermanos, que miréis por los que causan disensiones y escándalos contrarios a la doctrina que vosotros habéis aprendido; y apartaos de ellos. Porque los tales no sirven al Señor sino a sus vientres; y con suaves palabras y buenas razones engañan los corazones de los sencillos" (XVI, 17 y 18).

Llegada era su hora. A su paso se acababan las disensiones y reinaba como una paz de ángeles en las fraternidades. Y no cesaba de decir su voz:

—¡Salvaos, salvaos de esta perversa generación!

Estampas

Sigamos machacando

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.*—Costa Rica y abril del 35 =

La actividad comercial imperialista es tan recia y agresiva, que toda noticia acerca de ella, dada a conocer a nuestros pueblos les ayuda, si no a salvarse de la esclavitud del mercado yanqui, por lo menos a no aceptarla ciegamente.

En la fiesta del 14 de abril oímos decir al señor Cordell Hull hablando a las veintiún naciones panamericanizadas, que de la Conferencia próxima a celebrarse en Buenos Aires había que esperar grandes beneficios. Dijo además que por el momento el Departamento de Estado a su cargo había suspendido las discusiones relativas a los tratados comerciales sostenidas entre su Gobierno y los de nuestros pueblos, pero que pasada la citada Conferencia económica, volverían a la carga hasta obtener lo deseado. La noticia tiene interés, porque ya sabemos por confesión del propio señor Hull que el Departamento de Estado cosechará abundantes beneficios en Buenos Aires. Los delegados de cada Gobierno irán instruídos para no contrariar los planes de política comercial de este rehabilitador del tráfico yanqui con países de nuestra América. La industria yanqui está derrotada en Centro y Sur América. No es fácil apoderarse de estos mercados haciendo que la mercadería venga pacíficamente. El Departamento de Comercio yanqui debería ser el de la estrategia. Pero es incapaz de vencer la competencia que ha desalojado el producto de sus fabricantes. Y acude a mover la palanca fuerte de la diplomacia. En esta forma se pone a vacilar a los Gobiernos y éstos son los que se encargan de limpiar de competidores la plaza para que el yanqui vacíe tranquilamente sus industrias. La única preocupación es dar al yanqui todos los mercados estorbando la producción extraña. En la Conferencia de Buenos Aires se dirá lo que toque hacer para que el Departamento de Estado pueda decir que ha triunfado.

Y triunfo será en verdad lo que el Departamento de Estado logre el día que cada uno de nuestros Gobiernos se haya unido a él por medio del tratado. Porque así habrá puesto una cifra de importancia en la formación de la inmensa que es el billón de dólares a que aspira volver a ascender las exportaciones de mercadería yanqui a estos países. El desvelo del señor Hull es esa enorme

cantidad numérica. Y también de un sector grande de gente yanqui. El hábil informador Edward Tomlinson, de quien ya hablamos, habla de esta manera: "Hay una extendida opinión en los Estados Unidos de que las Repúblicas de la América del Sur, con sus 80.000.000 de almas son de una importancia comercial inmensa para esta nación. Banqueros y manufactureros, profesores y políticos, editorialistas y comentadores por radio, desde el Potomac a Puguet Sound, están de acuerdo en que las oportunidades comerciales en estos países se han descuidado sin justificación. No pasa día sin que alguna asociación de manufactureros o Cámara de Comercio esté indicando y aprobando resoluciones tendientes a señalar los tiempos en que fuimos todopoderosos en los mercados de Brasil, Argentina, Chile, Perú y otras naciones, y el decaimiento anual de nuestras ventas de más de $ 500.000.000 a menos de $ 200.000.000, decaimiento que exige una acción rápida e inmediata...." El señor Hull al poner el Departamento de Estado al servicio de la política comercial yanqui no hace sino acallar protestas contra los funcionarios que dejaron perderse estos mercados. Los conquistaron durante la pasada guerra mundial. Las naciones europeas eran dueñas de ellos y excluían al yanqui. La guerra obligó al europeo a cortar créditos y a abandonar el envío de mercaderías. Estos pueblos acudieron a los Estados Unidos y aquí encontraron dinero y productos. Desde entonces hasta hace pocos años han ejercido un dominio terrible.

Pero el europeo salió de la ruina de la guerra y rehizo su industria y pudo hacer créditos a estos países. También el japonés tendió hacia esta América su pensamiento y para dar empleo a millares de almas amplió sus industrias y les buscó mercado americano. Los Estados Unidos habían hecho del cultivo del algodón uno de los más ricos y productivos ingresos. Japón llevaba algodón yanqui y lo mismo Inglaterra y Alemania en cantidades asombrosas. De esta manera la exportación era voluminosa. Sin embargo, cuando esas naciones se resolvieron a disputar al yanqui estos mercados empezaron por no comprarle materia prima. Ensayaron grandes siembras de algodón en Brasil y Perú. La producción es tanta que puede abastecer todas las hilanderías de Alemania, de Inglaterra y de Japón. Y hoy el algodón que las industrias de esas naciones nos traen manufacturado no es algodón yanqui sino brasileño y peruano. El cultivo del algodón ha sufrido en los Estados Unidos golpe formidable.

Es así como nuestra América empieza a producir la materia prima que la industria europea y japonesa le trae para abastecer sus mercados. A tal grado ha llegado la conquista del producto de algodón que en Argentina y otras naciones, según lo informa Tomlinson en este párrafo desconsolador para el yanqui, el de fabricación yanqui es desconocido: "En los últimos dos años los productos de algodón de Norte América han desaparecido prácticamente de las estanterías de los almacenes de Argentina, Chile, Perú y Brasil". No puede competir la industria de los Estados Unidos. Está derrotada sin lugar a duda. Ni el mismo industrial yanqui tiene duda alguna de que su producto algodonado no puede ser enviado a los países de América. Aquí nadie lo compra, no puede comprarlo en forma de ropa interior, de telas, de medias, de la infinidad de productos en que es transformado el algodón.

¿Cómo hacer entonces para que las estanterías de naciones de gran consumo como Argentina y Brasil vuelvan a llenarse de mercaderías que las hilanderías de los Estados Unidos fabrican? La invención del Departamento de Estado es el tratado comercial. Mediante esos pactos impuestos a nuestros Gobiernos quieren obtener de nuevo mercados que se perdieron en una lucha comercial que ha herido de muerte al productor yanqui, pero que ha hecho que estos pueblos se beneficien. El Departamento de Estado no encuentra en su desasosiego nada más eficaz para acabar con la competencia que el tratado comercial. La Conferencia panamericanista de Buenos Aires dará a los Estados Unidos la clave para que el tratado no fracase. Toda conferencia organizada por esa nación, por el imperialismo de esa nación, es estratagema para derivar ella sola ventajas que fortalezcan su poder de conquista. El señor Hull tiene fe en la de Buenos Aires y al dirigirse a nuestros países en su discurso del 14 de abril radiodifundido afirmó que de ella esperaban beneficios para los tratados comerciales en formación.

Sólo que la lucha tendrá que ser proporcionada a la agresividad con que el Departamento de Estado ataca a los competidores japoneses, ingleses y alemanes. Cuando quisieron imponer al Brasil la compra de mercadería yanqui valiéndose de que los Estados Unidos compran las tres cuartas partes del café brasileño, saltó Inglaterra y dijo que ella compraba la totalidad del algodón y exigía trato igual. Y como el algodón se cultiva en Brasil por expertos ingleses que llevan el propósito de acabar con las plantaciones de café, ya que lo siembran dentro del mismo cafetal y dándole preferencia sobre este último cultivo, Brasil no pudo desoír al inglés para complacer al Departamento de Estado. Y la mercadería inglesa no sufrió la barrera del alto arancel aduanero.

Lo mismo ocurrirá en Perú cuando el Departamento de Estado exija que se alce el impuesto a la mercadería japonesa para favorecer la importación de la mercadería yanqui. Japón dirá que las plantaciones de algodón si no son en su totalidad de japoneses, si han sido estimuladas por ellos. Y podrá también decir que las hilanderías japonesas consumen algodón peruano y no algodón yanqui. Y que por todo eso el Perú se favorece con una agricultura productiva y con un producto barato. Los Estados Unidos no podrán ofrecer al Perú la compra de algodón, porque ellos lo tienen y para no deprimirlo hasta lo queman.

Y así también ocurrirá con la Argentina. El trigo y las carnes son lo que con más abundancia produce la pampa. Inglaterra consume carnes. El Departamento de Estado no podrá decir a Argentina que le compra esos productos porque en los Estados Unidos están abarrotados y llevarlos sería producir mayor ruina al ganadero y al agricultor.

¿Cómo podrá entonces imponerle, por ejemplo, los productos algodonados de su industria, excluídos desde hace años por los de la industria japonesa e inglesa? Le será difícil ofrecer la compensación halagadora.

Son enormes las dificultades que el Departamento de Estado tendrá en la América del Sur para hacer del tratado comercial arma que le saque al competidor del mercado perdido por el alto precio de una industria cara. No sabemos si la docilidad de los Gobiernos al Departamento de Estado hará fácil la exclusión del competidor. La lucha está entablada. Los intereses son inmensos y como las fuerzas de conquista tienen iguales medios de batallar cuando unas den para halagar, las otras tratarán de duplicar la concesión. Creemos que el mal grande para estos pueblos será que el Departamento de Estado triunfe. El tratado no hará sino esclavizarnos a un solo mercado, que es el mercado yanqui. Si por una acción uniforme de Gobiernos, el Departamento de Estado excluye las competencias comerciales que hoy lo acosan, pero que dan en cambio beneficios indisputables a las poblaciones necesitadas de estos pueblos, el vasallaje será infame. Tal vez países grandes consigan influir en sus Gobiernos y malogren los planes funestos del Departamento de Estado. Pero en los pequeños no vemos cómo habrá salvación posible. Cualquier petición yanqui encuentra acatamiento. Las buenas relaciones con el Departamento de Estado son a base de obediencia y complacer. Sin embargo, demos noticia, demos conocimiento y comentemos mientras no estemos aniquilados por las fuerzas de conquista del imperialismo del Departamento de Estado.

El hombre siempre enfermo

Por CARLOS PEREYRA

— Envío del autor. Madrid. Febrero, 1935. —

José María Pemán ha escrito **El divino impaciente.** Otro poeta tendría tema para hacer **El paciente inhumano.** El hombre siempre enfermo se acostó en una cama para abrir su carrera militar y política, aquella carrera militar al frente de cuarenta hombres, y aquella carrera política de vivandero de otro hombre. Dicen que la cama era un mueble muy elegante y que él se quejaba de que fuese demasiado elegante. Pero así se la proporcionó un amigo de la causa... Cuando triunfó la causa, entre los efectos de la causa se encontró el premio gordo para el enfermo de la cama. El enfermo recibió los votos unánimes de sus conciudadanos que le llevaron a un puesto elevadísimo. Mientras llegaba el momento de inaugurar las trascendentales funciones, el enfermo, siempre enfermo, se dirigió a una clínica alemana. Allí se le infundió nueva vida. Salió dispuesto para todos los sacrificios que la patria exigía de su heroica decisión. Transcurridos los meses y los años—minutos de ventura que la nación recuerda encantada—el hombre enfermo, siempre enfermo, tomó el tren especial del peregrino y se dirigió a Rochester. Los médicos que forman la falange de ese notabilísimo centro, famoso por sus curaciones milagrosas y más aun por las cuentas fabulosas que paga la acaudalada clientela, ensayaron todos los recursos de la ciencia. El enfermo, salió d eallí. Fué a París. Una clínica le abrió sus puertas y le mostró sus alentadoras tarifas. De París pasó a Royan. El doctor Marañón hizo un viaje especial a esa playa para asistirle. Marañón cobra fortunas por cada viaje. Después, el insigne médico suspiraba diciendo que su insigne enfermo salvaría a España, a Europa y al mundo. ¡Qué genio aquel! ¿Pero el enfermo se salvaba? ¡Ah! El enfermo, siempre enfermo, siguió transmigrando de una en otra clínica. Conoció las de todos los países, menos las de su patria. ¡Push! Le reconocieron todas las eminencias, con excepción de las nacionales. El aeroplano le conducía a toda velocidad hacia una clínica de California. Mientras tanto, en sentido contrario, otro aeroplano, con un médico a bordo, iba de California al edén oculto de donde había partido el hombre enfermo, siempre enfermo. El viajero llegaba a la clínica, y el médico retrocedía, para hacerse cargo del cliente. Pronto pudo advertirse que el mal misterioso iba cediendo, una vez más. Los médicos que habían salido en compañía del enfermo, los humildes compatriotas, ocupados en lavar las jeringuillas y en mullir las almohadas, suspendieron sus faenas. Las eminencias del país extranjero atinaban. El hombre enfermo, siempre enfermo, iba a seguir su victoriosa carrera de enfermo, ya dado de alta.

Este éxito halagador se debe en gran parte—no hay duda—a los médicos extranjeros que durante los afortunados veinte años de una prosperidad sin sombras, han dirigido las operaciones contra el mal. Y también, reconozcámoslo, algo han hecho los modestísimos médicos nacionales, furrieles y soldados rasos en la gloriosa campaña. Pero las continuas victorias alcanzadas contra el mal misterioso del hombre siempre enfermo tienen tal vez otra causa. Digámoslo sin menoscabo para la ciencia.

Los periódicos hablan incesantemente de las traslaciones del hombre enfermo, siempre enfermo que es también el hombre fatigado, siempre fatigado, pero jamás rendido. Este Alcides mortalmente enfermo, siempre enfermo, no sólo pasa de una a otra clínica, sino de una a otra de sus incontables posesiones. Apenas ha descansado en una de ellas, los periódicos dicen que va a descansar en otra. Apenas se ha fatigado de un descanso, prueba otro descanso. Ya es la tierra caliente con sus manglares; ya la templada con sus pomaredas; ya la isla de un recóndito mar en donde se improvisa costosamente la morada para ese nuevo Robinsón de la patología interna. Y de la isla se encamina a otra hacienda que no es fría ni caliente ni templada. Allí experimentará graduados contrastes de una meteorología cuyos caprichos se adaptan a los de esa egregia carne. Allí descansa. Allí se vigoriza. Tres días después, abandona el reposo por la clínica, de donde sale mostrando al público su vitalidad sorprendente. El mal está vencido. Y el público, delirante de satisfacción. El enfermo, siempre enfermo, pasea. ¿Qué noticia más grata puede haber para el mundo, cautivado por el encanto de esa interesante vida? El enfermo, siempre enfermo, ha probado las delicias horacianas y virgilianas del campo, alternándolas con la sueroterapia, la hidroterapia, la electroterapia, la fototerapia y todas las costosas maneras de prolongar una existencia útil de hombre pudiente. Ahora, el enfermo, siempre enfermo, busca las emociones de la ciudad. Alterna la fatiga y el reposo. Tiene otra finca, que no había figurado en la nomenclatrura de sus variadísimos descansos. Allí verá correr los días plácidos que le deparan la naturaleza, su buena naturaleza, y su fortuna de rajá, que ya es en él una segunda naturaleza. ¿Anida allí la égloga? En ese sitio no dialogan frívolamente Menalcas, Demetas y Palemón. El hombre enfermo, siempre enfermo, tiene supremas inquietudes. Más que su dolencia oculta, le mina el mal del genio (no el genio del mal ni el mal genio). Recibe visitas. Muchas visitas. Innumerables visitas. Ordena y manda. Ordena, sobre todo. Esto quiere decir que pone orden. Ordena el caos que ha salido de sus anteriores órdenes. El caos original, único, permanente, definitivo. Caos de sangre, de ruina, de elogios, de empresas agropecuarias, de médicos extranjeros, de enfermeros nacionales, de trasatlánticos caros, de clínicas más caras, de residencias lujosas, de presidencias al vapor, de crisis ministeriales, de buenas relaciones con Roosevelt, otro enfermo, y de unión estrechísima con el mofletudo amigo Daniels. El caos perfecto...

Padre Nuestro

— Envío del autor. Costa Rica y abril de 1935. —



(Ilustración de O. Huertas)

Padre Nuestro que estás en la vida
como el sol en el cielo,
como el ave en el nido
y el aroma en la flor;
ven a nos como un rayo
de esperanza en la sombra,
como un ritmo lejano
que atraviesa los aires
y en la noche serena
viene a darnos la clave
de la vida de otra alma
que de amor sintoniza
su dolor con la pena
que talvez a esas horas
nuestras almas embarga;
Padre Nuestro que estás en la angustia
del que sufre y se salla,
del que espera y no ceja,
del que duda y se abstiene,
del que lleva en el alma
el anhelo de un pueblo
o el clamor de los tristes
o el valor de los justos
que reclaman derechos
para aquellos que sufren
cautiverio o deshonra;
ven a nos en las horas
del combate más arduo,
cuando todos se abaten,
cuando claman y lloran,
a encendernos las fuerzas
con la luz de tu gloria,
que es dolor que en los tiempos
ha triunfado en el mundo
porque lleva el impulso
del amor, que es la cumbre
del Calvario, en que Cristo,
con los brazos abiertos
aún bendice a los hombres
por los siglos... Amén.

J. J. Salas Pérez

Viernes Santo. 1935

En el bicentenario del nacimiento del P. Goicoechea

Guatemala 21 de Diciembre de 1934.

Señor don J. García Monge,
San José de Costa Rica.
Mi estimado amigo:

Habiendo encontrado otro documento muy interesante que trata sobre la personalidad del Padre Goicoechea, no he tenido ningún inconveniente para sacar una copia y proporcionársele a usted para aprovecharlos, en las próximas publicaciones que hagan con motivo del próximo centenario de aquel santo varón. Ojalá que le sean útiles y oportunos. Los títulos son:

"Relación de los méritos, grados y exercicios literarios, etc." en cinco hojas.

"Méritos, grados y exercicios literarios, etc." en dos hojas.

Al agradecerle el aviso de recibo, aprovecho una vez más la oportunidad para suscribirme de usted muy atento y S. S.

José Luis Reyes M.,
Bibliotecario.

Relación de los méritos, grados y exercicios literarios del P. Fr. Joseph Antonio de Goicoechea, del Orden de San Francisco, Lector jubilado, Doctor Teólogo, y Catedrático de Vísperas de la Real Universidad de San Carlos de Guatemala.

Por varios Documentos originales, que se han presentado en esta Secretaría del Supremo Consejo, y Cámara de las Indias de la Negociación de la Nueva España, consta que el nominado P. Fr. Joseph Antonio de Goicoechea es natural de la Ciudad de Cartago, de la Provincia de Costarica en el Reyno de Guatemala: hijo legítimo, y de legítimo matrimonio de don Luis Fernando de Liendo y Goicoechea, y de doña Baltasara de Inza: de edad de cincuenta y tres años, que cumplirá en tres de Mayo próximo.

Que a solicitud del Claustro de la Universidad de Guatemala, y a satisfacción de aquel Superior Gobierno fué destinado a servir la Cátedra de Artes del Sutil Doctor Escoto de la misma, con cuyo motivo introduxo la enseñanza de la Filosofía Experimental con notorio aprovechamiento de la Juventud, que se manifestó en muchas funciones públicas, que defendió de esta Facultad.

Que con ocasión de la expatriación de los Regulares de la Compañía se le exhortó a nombre del Rey nuestro Señor por el Presidente, y Real Audiencia de Guatemala a que se encargase de la dirección, y enseñanza de los Estudiantes que corrían al cuidado de aquellos; y habiendo aceptado esta confianza, dió pruebas nada equívocas de su zelo, y amor al Real servicio.

Que graduado de Doctor en Sagrada Teología por la misma Universidad, previos los rigurosos exámenes que previenen sus Estatutos, y habiendo hecho dos oposiciones a la Cátedra de Teología de Vísperas, se le confirió en propiedad, y la está regentando desde primero de Marzo de mil setecientos ochenta y uno con constante aplicación, y conocido aprovechamiento de los Jóvenes, leyendo un Moral sano, y una doctrina sólida, conforme en todo a la más arreglada Disciplina, lo que ha hecho patente a aquella Ciudad en los seis actos que ha sustentado, especialmente en uno mayor que defendió en el año de mil setecientos ochenta y quatro, con tarja de quinientas y quatro Teses comprehensivas de toda la Teología Dogmática, y gran parte del Moral, y Canones Sagrados.

Que además de los nueve años de lectura de Cátedras en la Universidad, ha regentado por espacio de nueve la de Teología en su Convento de Guatemala, y por el de cinco en el de Ciudad Real de Chiapa; de suerte, que en el día cuenta veinte y tres años de Catedrático, y se halla dos veces jubilado por su Religión, habiendo también obtenido la Regencia de Estudio, y los empleos de Difinidor, de Secretario de su Provincia por dos veces, y la Presidencia de un Capítulo.

Que en el exercicio de la Oratoria es, y ha sido de muchos años a esta parte uno de los Predicadores de más crédito de aquella Capital por su limado estilo, solidez, y método instructivo; de suerte, que ha dado un poderoso exemplo en todo aquel Reyno para que otros muchos abandonando el antiguo, se apliquen a la instrucción del Auditorio con varonil, y Eclesiástica eloqüencia, según aseguran el M. R. Arzobispo de Guatemala, y el Cabildo Secular de aquella Ciudad.

Que no satisfecho su zelo con instruir al Público en sus tareas literarias, le ha extendido a los exercicios de caridad, y misericordia de primer orden; pues ántes de la ruina de la antigua Guatemala, se dedicó a visitar, confesar, y consolar a los Reos de las Cárceles públicas, solicitando al mismo tiempo socorros para aliviar su hambre, y desnudez; y después de la traslación, y establecimiento de Presidio en la nueva Ciudad, concurría a él en los días Festivos a decir Misa a los delinqüentes, y procurar por medio de sus amonestaciones, y pláticas doctrinales su santificación, hasta que el Gobierno les proveyó de los auxilios de que hoy gozan.

Que en la furiosa epidemia de Viruelas que afligió a aquel vecindario en el año de mil setecientos y ochenta, fué uno de los Eclesiásticos que a súplica del noble Ayuntamiento se encargaron por Quarteles del cuidado, y asistencia de los pobres enfermos; en cuyo encargo acreditó los sentimientos de una ardiente caridad, y de fiel Vasallo, visitando diariamente a los apestados por espacio de seis meses, consolándolos en sus necesidades espirituales, y haciendo de Médico por falta de facultativos; cuyas recomendables circunstancias, con las de su afable trato, genio dulce, sincero, y nada afectado, le han grangeado una pública, y general estimación.

Que asimismo es Consultor del Santo Oficio por la Suprema, y ha servido en graves, y varios negocios de Fe, y en quanto por él se le ha encomendado con la correspondiente pureza, y actividad.

El actual M. R. Arzobispo de Guatemala en Letras Testimoniales de

veinte y seis de Febrero de mil setecientos ochenta y siete, después de referir las tareas literarias de este Religioso, su vasta erudición, y zelo del aprovechamiento de la Juventud, hace un elogio muy recomendable de su ardiente caridad, y continuo tesón en edificar a aquel vecindario, tanto en el Púlpito, y Confesionario, como en la puntual asistencia a los moribundos, y a todos los demás que acuden a él a solicitar sus consuelos espirituales; añadiendo, que no se halla excomulgado, entredicho, ni con censura alguna canónica.

Consta asimismo, que a consequencia de Reales Ordenes de catorce, y veinte y dos de Abril de mil setecientos ochenta y tres, y veinte y ocho de Marzo de mil setecientos ochenta y seis, en que se previno al Presidente de Guatemala enviase muestras de las maderas más exquisitas que se conocían en aquellas Provincias, y que proporcionase la remisión de algunas plantas vivas de ellas, y de frutos preciosos, se valió para su beneficio de las acreditadas luces, y conocimiento de este Religioso, para que asociado del Catedrático de Medicina de aquella Universidad D. Joseph Flores, pusiesen en práctica quanto en el particular se le había advertido; y con este motivo hizo presente el referido Presidente en cartas de doce de Julio, y diez de Octubre de mil setecientos ochenta y quatro, y treinta de Agosto de mil setecientos ochenta y seis las beneméritas circunstancias del nominado P. Goicoechea, el acreditado concepto de su literatura, y genial atención, que le debían quantos progresos, aun fuera de su profesión, podían ceder en servicio de S. M. y mayor instrucción del Público: su laudable carácter, y excelente capacidad en el empeño con que se había dedicado al adelantamiento de las Ciencias, y con especialidad en los conocimientos físicos, de que era el primer Maestro en aquellas partes; por cuyo motivo le había encargado la adquisición de noticias acerca de específicos medicinales, sus virtudes, y modos de suministrarlos: que en la Oratoria, y mejor estilo de ella era singular, y con su exemplo había corregido muchísimas impropiedades, asegurando en la fe de una constante opinión de toda aquella República, que su genio, religiosidad, y porte eran edificantes, y su estudio, y aplicación a las ciencias infatigables, con lo qual se había conciliado una encarecida estimación de todos los de su Orden, y de los Cuerpos más principales de aquella Ciudad, según patentizaban los Prelados de su Religión, el Ayuntamiento, y el Rector, y Claustro de la Universidad en los documentos que acompañaba para los fines que pudiesen servir al bien del Estado, remuneración, y estímulo del referido Religioso; añadiendo, que en consideración a ello había merecido, que S. M. por medio del Excelentísimo Señor D. Joseph de Gálvez manifestase al Presidente en Real Orden de veinte de Junio de mil setecientos ochenta y cinco lo satisfecho que se hallaba de sus recomendables prendas, y que en su Real nombre le diese gracias por el zelo con que se dedicaba a la enseñanza de la Juventud, e Instrucción de todo el vecindario, procurando alentarle al seguimiento de tan útiles exercicios; cuyo contenido trasladó a su noticia el Presidente en oficio de diez y ocho de Octubre siguiente para que inteligenciado de la Real aceptación, y aprecio que merecían sus tareas literarias, le sirviese de norte fixo para continuarlas. Todo más individualmente resulta de las expresadas cartas, que existen en esta Secretaría, y de los demás documentos presentados por la parte, a quien se devolvieron. Madrid once de Marzo de mil setecientos ochenta y ocho.

Es copia de la original formada el propio día en la mencionada Secretaría, donde queda.

Joseph de la Torre

Es copia literal. Se ha respetado la gramática. La firma de Torres es de su puño y letra.

Guatemala, 20 de Diciembre de 1934.

Méritos, Grados, y Ejercicios Literarios del P. Fr. Joseph Antonio de Goicoechea, del Orden de San Francisco, Lector Jubilado, Doctor Teólogo y Catedrático de Vísperas de la Real Universidad de San Carlos de Guatemala.

Es natural de la Ciudad de Cartago en la Provincia de Costarica: hijo de legítmo matrimonio; y de edad de 53 años.

Fué Catedrático de Artes en la del Sutil Escoto en la referida Universidad, y el primer Maestro, que en aquellas partes enseñó la Filosofía Experimental.

Con motivo de la expatriación de los Regulares de la Compañía, le encargó el Superior Gobierno de Guatemala la dirección, y enseñanza de los Estudiantes que aquellos tenían a su cuidado.

Es Doctor Teólogo por la referida Universidad, y obtuvo por oposición en el año de 1781 la Cátedra de Vísperas de la misma Sagrada Facultad, la que se halla regentando con beneficio público de aquella Juventud, según ha hecho patente en los muchos actos literarios que ha sustentado, especialmente uno mayor, en que defendió 504 Teses, comprehensivas de toda la Teología Dogmática, gran parte del Moral, y Cánones.

Además de los 9 años de Catedrático de la Universidad, ha leído 14 más Sagrada Teología en sus Conventos de Guatemala, y Chiapa.

Es dos veces jubilado por su Religión, y ha obtenido la Regencia de Estudios, y los empleos de Definidor, Secretario de Provincia, y Presidente de un Capítulo.

Es un Orador de los de más fama de la Ciudad de Guatemala por su solidez, y método instructivo; y su exemplo ha corregido en aquellas partes muchas impropiedades de que no carecía el púlpito.

Tiene dadas constantes pruebas de su ardiente caridad, así en la asistencia a confesar, y consolar a los encarcelados, y presidiarios, como a los enfermos, y moribundos, habiendo hecho resplandecer esta virtud con más particularidad en la epidemia de Viruelas que padeció Guatemala en el año de 1780.

Sus Prelados Regulares, el Rector, y Claustro de la Universidad, el Ayuntamiento, el M. R. Arzobispo, y el Presidente de Guatemala en sus respectivas certificaciones, cartas, y documentos, elogian el laudable carácter, y excelente capacidad de este Religioso, el adelantamiento que le deben las Ciencias, especialmente en los conocimientos físicos; cuya circunstancia obligó al Presidente a poner a su cuidado la adquisición de noticias acerca de específicos medicinales, sus virtudes, y modo de suministrarlos; y habiendo hecho presente a S. M. las beneméritas circunstancias del referido Fr. Joseph, su religiosidad, exemplar porte, y el tesón con que procuraba la instrucción de la Juventud, se le previno en Real Orden de 20 de Junio de 1785 le diese gracias en su Real nombre, manifestándole el aprecio que merecían a S. M. sus tareas literarias, para que en esta inteligencia continuase en tan útiles exercicios.

La virtud de la originalidad

Max Jiménez y su poesía

Por VICTOR C. DE ARAGON

= Envío del autor. New York, N. Y. Marzo de 1935. =

En literatura, la originalidad es sin duda la más valiosa y buscada virtud que puede lucir orgulloso un escritor. Pero es también desgraciadamente la excusa que ha llevado a los más descabellados intentos, a las más antiestéticas manifestaciones, y a los más inútiles esfuerzos.

En todos los tiempos ha sido la comezón de la originalidad la que ha echado cuesta abajo a miles de espíritus de verdaderos sentimientos artísticos, que interpretando de dudosa manera sus impresiones y sus ideales y ya en la pendiente resbaladiza de lo cursi y de lo irreal, van convirtiendo lo que con estudio y construcción sólida y bien definida, bien hubiera sido una matizada floración de bellas ideas, pero ahora con estas manifestaciones raras son sus almas lagos quietos, inmóviles, casi muertos donde ya jamás cruzará una sola visión prometedora, un solo pensamiento original, o una sola idea luminosa.

Pero en fin, ¿qué es la originalidad en el arte, especialmente en el arte de escribir?

En el poeta es una divina aptitud para sacar a la luz y revestir con el ropaje de sus palabras aquel revoloteo de ideas que diariamente nacieron en su interior y que éste a fuerza de mirar, de oír y de sentir alcanza primero a darles forma, luego color, y luego vida. Pero este ropaje ha de ser fuerte y duro; quizá como la piedra ha de resistir a la inclemencia de la incomprensión, al aguacero de la envidia y al sol purificador y eterno de la historia.

La originalidad no está, como atestigua tanto enfermo de neurastenia artística, en ofrecernos esas manifestaciones raras, extrañas, grotescas, cosas nuevas como dicen ellos. En la vida todo es viejo, aun aquellas cosas que no han nacido todavía, ya traen consigo la mancha del tiempo que en unos segundos sabe vertir despiadado sobre ellos, toda la carga dolorosa de los años. Y estas ideas que juzgamos hoy tan frescas, tan llenas de encanto, de belleza y de color, bien sabes, fueron las mismas que inspiraron ayer y serán las mismas que harán sonar mañana a esos espíritus en gracia de belleza que son los artistas del futuro.

Es decir, es el ropaje, el colorido con que les demos vida, lo único nuevo, lo justamente nuestro, lo verdaderamente individual; y esto es lo admirable en el artista.

Pero la originalidad está un poco más allá todavía. Está en hacer que esas palabras lleven entre sí, y cada una de ellas, algo de nuestro hondo y verdadero sentir, de nuestras impresiones ocultas, algo de nuestras emociones impersonales que fueron naciendo paulatinamente en nuestro yo íntimo al través del tiempo y que sabrán convertir cual suaves rayos de luz lo obscuro de la vida, en claridades de plata.

Es decir, es saber darse espiritualmente en todo su íntegro esplendor, es revelar lo viejo en forma nueva, es hablar en voz baja y que sea trueno sonoro nuestro eco y así, delicada, fina y aristocráticamente sacar la gota clara y cristalina del arte.



Max Jiménez

Y este joven poeta de América, este Max Jiménez de hoy ha logrado esa educación espiritual en toda su obra poética admirable y sólidamente consciente. Es un poeta que tiene mucho de perfecto, y digo mucho, pues valiéndonos de las palabras jamás podremos definir exactamente la emoción o el sentimiento de nuestro verdadero valor íntimo y así jamás podremos ni copiar el dolor en toda su grandeza ni la plenitud de nuestra íntima felicidad.

Como artista su gran valor se manifiesta en ese colorido "externo"; en esa musicalidad tan expresiva y tan espontánea de sus temas ,en esa parte tan personal de su obra. Sus versos tienen los dos valores definidos de la poesía inmortal.

En primer término encontramos lo imprevisto de la obra, es decir, el tema que brotando raudo y lleno de elegancia guarda en sí la gracia y la perfección de la idea y lleva para siempre el reflejo del ideal en que fuera concebida. Graciosamente corre el tema alegre, puro, lleno de vida, pero llevando todavía el recuerdo de los campos por donde pasó.

Luego viene la parte expresiva, la originalidad, la buscada virtud, la que convierte el tema extraño, en dolor personal, y que hace al artista desconocido hermano de nuestra propia alma.

Decir que Max Jiménez es uno de los más grandes poetas del continente de Hispano-América, está muy lejos de ser una exageración; tal vez, sea decir más bien muy poco de lo que tengamos que atestiguar mañana ante el mandato inexorable de la historia. Porque en la literatura de su país, Costa Rica, su obra no admite comparación. Viniendo esta de una escuela nueva llena de vida, de vibración, definida y distinta, lleva estampada para siempre lo muy difícil de encontrar: la valiosa y buscada virtud de la originalidad.

Manuel Azaña

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De *Ahora*. Madrid, 20 de marzo de 1935. =

En la tarde del día en que estas líneas se publiquen reaparecrá en la tribuna parlamentaria una de las más altas figuras de la política española. Don Manuel Azaña fué no sólo uno de los miembros más activos y creadores del Comité revolucionario y luego del Gobierno provisional; ha sido el gran artífice de la Revolución y el primer arquitecto de la República.

Hoy está de moda denigrarle y desconocer sus altas dotes y poner de relieve sus errores. No soy azañista, entre otras razones, porque no soy fulanista. Además, es dudoso que participe de alguna de las ideas políticas más arraigadas en el señor Azaña, y como las mías son patentes, nadie podrá llamarse a engaño. (Añadiré que la tremenda injusticia del Cuerpo electoral español al condenar casi a un ostracismo parlamentario a este hombre ejemplar, no ha dejado de influir en la evolución que me ha alejado definitivamente del sufragio directo). Creo que cometió dos errores graves, y yo con él —puesto que seguí sirviendo a su Gobierno y, cuando en Madrid, votando con él, apechugo con la responsabilidad—: el de la política religiosa, error que, en cuanto a mí, cometí a sabiendas y por disciplina de partido, y el de la solución de la crisis de diciembre de 1931, inclinando al Gobierno a los socialistas en vez de a los radicales, error que yo no ví entonces tan claramente como hoy y que mal puedo reprochar a quien lo cometió.

Desde su salida del Poder, mi distanciamiento de la política del señor Azaña es mayor. Creo que es obligación de todos los partidos el saber perder. Las últimas elecciones se hicieron con una ley Electoral votada bajo la dirección parlamentaria del Gobierno Azaña y bajo la presidencia del Consejo de un hombre de tan firmes convicciones izquierdistas, que a ellas sacrificó lazos añejos, personales y de partido. Si en estas condiciones triunfaron las derechas, los partidos de izquierda, en mi opinión, debieron haber acatado el veredicto popular y colaborado en la oposición, dentro del sistema parlamentario normal, que es su credo. Jamás he oído argumento en contra de esta opinión que no me haya parecido impregnado de pasión y de espíritu de guerra civil. Por mi parte, lamento que el señor Azaña no se haya sobrepuesto a los obstáculos—sin duda serios y graves—que le han impedido adoptar esta actitud tan educadora para un pueblo que parece imaginar que no hay más que dos posturas políticas posibles: el banco azul o las barricadas.

Pero con lo que queda de don Manuel Azaña, descartados estos que para mí son errores—para él, sin duda, aciertos—, hay para infundir a todo hombre recto mucho respeto y mucha admiración. La gran obra suya fué la eliminación del ejército del campo de la política. Es menester volver a mirar las cosas como estaban antes de 1931; recordar aquella terrible hipoteca que la oficialidad española hacía pesar sobre la



Manuel Azaña
Dibujo de *Juan Carlos Huergo*

vida pública de España — hipoteca que ningún partido político de hoy aceptaría—; darse cuenta de que la labor más difícil, la más espinosa, la que exigía, a la vez, más tacto, más valor y más energía, era precisamente la más urgente, la labor previa, sin la cual no podía ni hablarse de República—y que, revelando las dos grandes dotes del hombre de acción: visión certera de la labor a realizar y ánimo para emprenderla, don Manuel Azaña, preparado de antaño para ello, fué al Ministerio de la Guerra y desde allí, sin alharacas ni publicidad, sin ensañamiento ni sectarismo, con una admirable objetividad, una serenidad perefcta, logró curar a España de su mal secular. Todos los partidos, sin excepción, le deben gratitud porque, es menester repetirlo, ninguno querría volver a la situación en que España estaba antes de 1931, y el cambio se debe precisamente al ministerio de la Guerra de la revolución.

No es mi intención hacer aquí un inventario de la labor política de don Manuel Azaña, cosa que sería quizá contraproducente para lo que es mi verdadero propósito. Si me he permitido emitir algunos juicios desfavorables es para dar garantías de mi independencia de criterio, que pienso conservar pese al paqueo de los guerrilleros del azañismo; y si he rememorado la obra hecha por don Manuel Azaña en el Ministerio de la Guerra es porque la creo fundamental y lamento verla tan olvidada y desagradecida por tirios y troyanos. Mi propósito no es personalista y de ensalzamiento de un caudillo, un don Fulano, sino práctico y objetivo, y es el de apuntar que una democracia se suicida cuando ataca desconsideramente a sus hombres representativos. El progreso de toda vida colectiva depende de la fecundación mutua de los prohombres por la masa y de la masa por los prohombres. El verdadero prohombre es un valor político y social que pertenece a toda la nación y a toda ella enriquece con su presencia y con la irradiación de energía mental y moral que de él dimana.

Concedido que tal o cual obra política de don Manuel Azaña sea opuesta a las creencias, preferencias o intereses de tal o cual partido, todos los partidos, no obstante, todos sin excepción, hasta los monárquicos ante este republicano, hasta los comunistas ante este burgués, tienen por encima de sus intereses uno más alto y mayor: el de que una gran figura española, que un tiempo alcanzó justo renombre entre españoles y extranjeros, siga rodeada del respeto y de la admiración que se merece. Atáquese en buen hora su política—yo me reservo, si de ella difiero, el hacerlo con toda lealtad y aun con toda amistad, y recuerdo aquello de Nietsche: "Sé para tu amigo lecho de reposo, pero lecho duro, lecho de campaña"—; atáquese, digo, su política si de ella se difiere, pero que el ataque se detenga ante el hombre puro y limpio, ante la inteligencia vasta y potente, ante el sentido histórico y el intenso patriotismo de este hombre ejemplar; y aunque ceda a la admiración ante aquella elocuencia tersa y sobria, aquella ideación segura y articulada, aquella forma tan adecuada y fielmente expresiva del pensamiento, que la dicción pasa a escritura sin que haya de intervenir el lápiz del corrector de pruebas.

Todos los españoles llevan las de ganar en que haya surgido entre ellos un gran español; toda España en poder contar con un gobernante de espíritu tan constructivo. Cese la guerra civil que en su torno han desencadenado las pasiones partidistas y, sin perjuicio de que continúe la lucha política, liberemos este espíritu preclaro de la amargura de verse atacado por bajo del nivel que le pide su nativa nobleza.

Vida y muerte de "Nosotros"

Por ALFREDO A. BIANCHI

= Envío del autor. Buenos Aires, R. A.—Febrero de 1935. =

1907. Florida se cortaba en Corrientes. Las demás cuadras hasta la plaza San Martín, no figuraban en la topografía del ocioso paseo vespertino de los porteños. Dos librerías eran en ella centro y provisión de la curiosidad intelectual: la de Espiasse y la de Moen, los dos hermanos Arnoldo y Balder, entonces asociados. Nunca faltaban en su puerta dos o tres escritores que se atusaban el bigote. Ambas proveían a los lectores cultos, casi exclusivamente de libros franceses. Eran los mismos lectores del **Mercure de France** y de la **Revue des deux mondes.** Libros argentinos se publicaban muy pocos. Cuando uno aparecía, de autor conocido en los círculos literarios, era un acontecimiento. Anunciaba la noticia la vidriera de Moen. El día que un poeta podía decirles a los amigos que Moen "le haría una vidriera", su prestigio quedaba reconocido. Tal vez no vendería más de 20 ejemplares, tal vez, si tenía un nombre muy hecho, colocase ciento; pero durante una semana su libro llenaría los ojos de la gente ocupando un escaparate entero, gloria máxima, o por lo menos, un lugarcito de honor. Libros americanos sólo se veían por casualidad, a menos que no llegasen por la vía de París. La librería uruguaya nos remitía a Rodó y a Rafael Barret, a Herrera y Reissig y a algún otro portalira decadente: ya era un triunfo.

El lugar de las revistas literarias argentinas estaba vacante. No puede decirse que lo ocupara la **Revista de Derecho, Historia y Letras** de Zeballos. La **Biblioteca** de Groussac se había parado en seco por una de las tantas brusquedades de su director. El irrealizable sueño de los cenáculos literarios era una nueva empresa que emulara aquella hazaña, sólo concebible cuando es el Estado el que paga los gastos. Otros, más modestos, pensaban en continuar la existencia truncada pocos años antes, de **El Mercurio de América** de Eugenio Díaz Romero, o de **Ideas,** de Gálvez y Olivera. Pero todo ello, no pasaba de las conversaciones de café en **La Brasileña** o en **Los Inmortales,** donde, si no aparecía milagrosamente un pagano, había que liquidar a escote las tazas vacías desde hacía tres horas.

Habíamos de ser dos muchachos sin antecedentes literarios, quienes nos atreviésemos a publicar la revista esperada. Yo había dirigido, en compañía, dos revistas de estudiantes, **Rinconete y Cortadillo y Preludios,** y algo sabía del oficio y de sus contratiempos. Roberto Giusti, mi compañero en la aventura, había publicado algunos artículos en revistas de barrio y en **El Tiempo** de Carlos Vega Belgrano, diario de la tarde muy honorable. Y acogedor, pero en aquel entonces casi inhallable a pesar de su quinta edición nominal. A. Giusti, que era un muchachito flaco de apenas veinte años, con apariencia de quince, le



Alfredo A. Bianchi

daba por la crítica literaria, en la cual luego ocuparía un destacado lugar en América. Fuera de eso y de su recto juicio, era incapaz de hacer un suscriptor. Yo, libreta en mano y lápiz en ristre, tenía más espíritu de empresa. Éramos los dos frutos en agraz de la Facultad de Filosofía y Letras, donde estudiábamos y nos habíamos conocido en 1904, si bien nunca nos dejamos aletargar en la atmósfera dormida de claustros y bibliotecas. De noche vivíamos en los cenáculos literarios y en las redacciones.

Un poco en éstas, un poco en aquéllos, sobre todo en el cuartito de Emilio Becher, cultísimo y agudo escritor malogrado por una muerte temprana, cobramos bríos y juntamos gente para la aventura. El nombre, **Nosotros,** se lo tomamos, con asentimiento del autor, a una novela que Roberto Payró había dejado en los primeros capítulos diez años antes.

Aunque el programa de **nosotros,** fuera muy ambicioso, porque más que argentino pretendía ser americano,—y hoy me asombra que muchachos como éramos, trazáramos un programa tan abarcador y supiéramos cumplirlo—no fiábamos mucho en el éxito. No recuerdo si en sueños mirábamos a medio siglo de distancia. Con los ojos abiertos nos contentábamos con menos vida. Giusti dudaba que tuviéramos para seis meses. Han sido veintiocho años, hasta el último número, el trescientos, aparecido días pasados.

El primer número, en formato grande, mayor que el adoptado posteriormente, en 1912, apareció bien impreso en excelente papel en agosto de 1907. Para aquellos días nos presentábamos con una inmejorable plana mayor de colaboradores y seccionistas, por supuesto sin sueldo, porque entonces nadie pensaba en cobrar derechos de autor. Hicimos el milagro de juntar en las páginas de **Nosotros** representantes de grupos que no se entendían y se malquerían: el café de de **Los Inmortales** con los más brillantes escritores del círculo de Becher: de una o de otra parte, Carriego, Mas y Pi, Monteavaro, Rojas, Chiappori, Ortiz Grognet, Gerchunoff. Nosotros traíamos un tapado, un hondo poeta lírico, revelado desde el primer número: Enrique Banchs. Rojas nos trajo el suyo, una gran promesa, decían, Evar Méndez, que unos veinte años más tarde nos había de agredir injustamente desde las columnas de **Martín Fierro,** bajo las cuales ha quedado sepultado. Carrieguito fué de los nuestros hasta su muerte. Las primicias de **Misas Herejes** se publicaron en **Nosotros,** después de habérselas escuchado recitar al poeta por esas calles dormidas. Unamuno nos saludaba con una carta de aplauso y solidaridad que era más que una esquela de compromiso. Con los ecritores uruguayos hicimos buenas migas desde el saque. Está visto que las letras unen más que el futbol. En el primer tomo ya habían colaborado Horacio Quiroga y Otto Miguel Cione. Víctor Arreguine nos daba una hermosa síntesis de historia sociológica de **Los Orientales.** Rodó nos escribía en noviembre: "Desde el primer día de su aparición, estoy con ustedes". Lo estuvo hasta su muerte, señalada en la historia de la revista por un memorable número extraordinario. "Quiero que sepan, agregaba, con cuánto íntimo placer veo desplegarse, gallardamente, en nuestro mar de indiferencia y de tedio, las velas de la valerosa revista, para una nueva expedición de arte, de idealidad, de belleza". El sexto número, hoy casi inhallable, fué dedicado enteramente a Florencio Sánchez con motivo del triunfo de **Los derechos de la salud.** En el homenaje colaboraron entre otros, Blixen y Montero Bustamante. No citaré los nombres de todos los escritores uruguayos que después han escrito en **Nosotros.** Sería formar un catálogo. Los mejores están. En el último número, con el cual hemos puesto punto a la empresa, leo los nombres amigos de Luisa Luisi, Emilio Frugoni y Juan Burghi.

En veintiocho años corre mucha agua bajo los puentes. **Nosotros** la ha visto correr, clara y turbia, serena y tormentosa. Con perdón de García Monge, el infatigable periodista costarricense, también **Nosotros** ha sido un **Repertorio Americano.** Y siempre, aunque leal con su programa de tolerancia para con todas las opiniones libremente expresadas, puesta la mirada en los faros que brillan en la orilla izquierda del ideal humano, no en los vetustos de la derecha, por más

que les enciendan engañosas luces nuevas. Cuando quiera conocerse cómo han pensado y sentido las generaciones argentinas en estos veintiocho años y que cambios ha sufrido el pensamiento del mundo, algo se sabrá leyendo a **Nosotros**. Si hay en la Argentina un escritor de algún valor y significado de las viejas generaciones o de las novísimas, que no haya colaborado en **Nosotros** o cuya obra no haya merecido la atención de la revista, que levante la mano. De muchos americanos, sino de todos, puede decirse lo mismo. Son 300 números en 81 tomos, decenas de miles de páginas, centenares de miles de ejemplares, los que han difundido el nombre de miles de escritores haciendo conocer sus creaciones, sus aprobaciones y sus disentimientos.

Se dirá que todo ello no ha llegado al pueblo. Es cierto, si se habla de la masa; pero tampoco les llegan a ésta, salvo raras excepciones, los escritores de los que se enorgullecen las literaturas nacionales. La actividad literaria lo es siempre de círculos de gente culta. Al lado del gran rotativo, vehículo de informaciones, ideas y sentimientos para todos, necesita una cultura, para ser integral, estos periódicos más especiales, forzosamente destinados a una minoría. Con éstos y con aquéllos, con la novela popular y con el libro de selección, con **La Comparsita** y con las sinfonías de Beethoven, con el discurso tribunicio y con la conferencia sabia, con la radio, con el cine, con el sainete, a la vez que con la audición íntima y exquisita y la representación dramática para unos pocos insatisfechos, se va integrando una cultura formada en todas sus piezas, por un lado impedida de esterilizarse en el aristocratismo solitario, por el otro, de encenegarse en las manifestaciones artísticas e ideológicas más triviales. Todo es vida. En todo hay un poco del alma del pueblo, uno y múltiple, Ariel y Calibán.

Nosotros desempeñó su papel. Ahora, por nuestra meditada decisión, pertenece a la historia. Es la ley de todas las cosas la renovación, y no hay institución que no deba adaptarse a los modos de existencia cambiantes. No podíamos cerrar los ojos sobre las actuales exigencias intelectuales en un mundo terriblemente dinámico, que corre vertiginosamente, sin tiempo para la lectura reposada. Antes de correr el peligro de ser arrollados nos hemos apartado del camino con una serena dignidad que por suerte nos ha sido unánimemente reconocida. Un suicidio. Sí, un suicidio estoico. Pero como los directores viven, aunque la revista haya puesto fin a su ciclo, es posible que a estas horas ellos estén tomándole el pulso al ritmo intelectual del día, para manejar un nuevo instrumento que lo exprese. Una metamorfosis de **Nosotros** es más que probable.

Montevideo, febrero 11 de 1935.

Comentarios a la conversación Stalin - Wells

— De *Leviatán*. Madrid. Febrero de 1935 —

La conversación entre Stalin y Wells, que nosotros reprodujimos en el número anterior, ha tenido gran resonancia en el mundo entero, y muy señaladamente en los países de lengua inglesa, donde Wells es tan conocido y estimado. Una revista semanal de Londres, "The New Statesman and Nation", que también la reprodujo, ha recibido cartas de eminentes escritores ingleses comentando el diálogo entre el hombre de Estado ruso y el gran novelista británico. Por su gran interés polémico transcribimos algunas de las más importantes: una del dramaturgo Bernard Shaw, otra del economista Keynes, otra de Wells replicando a Shaw y, finalmente, otra de Shaw contestando a Wells y a Keynes, en las cuales se discuten y dilucidan los puntos de vista antagónicos de la conversación inicial.

(Nota de *Leviatán*)

Comentario de Bernard Shaw

La conversación, o más bien la colisión, entre estos dos hombres extraordinarios no nos ha revelado nada que no supiéramos ya acerca de sus opiniones respectivas. Pero es divertido como paso de comedia; y sospecho que como tal no dejaría de entretenerle a Stalin, pues es hombre que posee un agudo sentido de la comicidad y una risa cordial y espontánea. He aquí algunos de los puntos que merecen ser subrayados y saboreados.

Stalin escucha atenta y seriamente a Wells, comprende sus argumentos con toda exactitud y, al replicarle, da siempre en el clavo. Wells no escucha a Stalin; tan sólo espera, con sufrida paciencia, que Stalin acabe de hablar para empezar él de nuevo. Cree que sabe mejor que Stalin todo lo que Stalin sabe. No fué a verle para aprender algo de Stalin, sino para darle una lección. Wells va a salvar el mundo por medio del **clissoldismo** (1). Ignora que su Clissold no es sino una versión moralizada del capitalista de Augusto Comte, ese Comte que ha quedado trasnochado, porque no se le ocurrió ninguna solución mejor al problema de la lucha de clases. Los Clubs Rotarios, fundados para organizar a los Clissolds, se convirtieron casi al instante en **luncheon-clubs,** en sociedades en las que se reunen periódicamente para almorzar hombres que nunca oyeron hablar ni de Comte, ni de Clissold, ni siquiera de H. G. Wells. Pero éste, que no da más importancia a los Clubs Rotarios que a Stalin, ni tuvo nunca, como tuvieron los fabianos (2), que polemizar con los comtistas mientras este linaje existió, cree que el clissoldismo es el último grito, y asegura a Stalin, sin tacto, que la lucha de clases es un disparate.

(1) Alusión a William Clissold, personaje típico de una de las últimas novelas de Wells, *El mundo de William Clissold.*

(2) Afiliados a la Sociedad Fabiana, fundada en 1884 por Bernard Shaw, y los esposos Webb, y otros intelectuales ingleses. Inspirada en la táctica de Fabio Cunctator, el Contemporizador, ha sido el exponente menos disimulado del socialista oportunista o reformista.

Stalin, que sabe por experiencia lo que valen los Clissolds, cuando llega la hora de la verdad, trata cortésmente de poner las ideas de Wells en orden y proporción marxistas para su propio interlocutor; mas éste, convencido de que Stalin está obcecado por una necia fórmula sobre la lucha de clases, trata la exposición de sus conceptos como si fueran interrupciones incongruentes y aburridas, y, descartándolos con un amable "Estoy de acuerdo con mucho de lo que acaba de decir", vuelve a su prolija digresión sobre la importancia de Clissold.

Stalin, con paciencia inexpugnable, vuelve a dar a Wells una clara lección elemental de ciencia política post-marxista. Ello le produce a Wells menos impresión que el agua sobre el lomo a un pato. Antes de reanudar el hilo de sus obsrevaciones, pone a Stalin en lo que cree ser el sitio de éste, con una advertencia benévola: "Quizá sea yo, de nosotros dos, el que más fe tenga en la interpretación económica de la política". Luego, reprocha a Stalin el "dirigirse a esa gente (los Clissolds) con una propaganda de la lucha de clases, que sólo ofrece dos caminos", olvidando que Stalin se vió obligado a dirigirse a ellos para que escogieran entre estos dos caminos: el trabajo en una mano y un fusil en la otra. "Esas gentes", dice Wells, que olvida la época en que Clissold se llamaba Ponderevo, "comprenden la situación del mundo. Se dan cuenta de que se ha convertido en un caos sangriento; pero al mismo tiempo consideran que el antagonismo primitivo de la lucha de clases, tal como ustedes la entienden, es una aberración".

Stalin replica, en efecto, que ésta es precisamente su equivocación, y analiza muy hábilmente para Wells la idiosincracia de aquellas gentes. Pero nada puede quebrantar la firmeza británica de Wells, según la cual Stalin siendo extranjero y no habiendo asistido nunca a una sesión del Instituto de Asuntos Internacionales de la Plaza de San Jaime ni leído la revista **La Tabla Redonda,** no tiene la menor idea de lo que puede hacer el clissoldismo, a más de que su inteligencia ha sido destruída por un maléfico degenerado llamado Marx. Con el fin de poner esto de relieve, lanza de repente en la conversación a Clissold, ex-Ponderevo, bajo un nuevo avatar: el de Morgan-Rockefeller-Ford. Esos hombres saben organizar. Entonces, ¿por qué no llamarles para cooperar con Stalin? Y queda subrayada la sugerencia con estas palabras: "Se me antoja que soy más izquierdista que usted, señor Stalin".

Stalin admite galantemente que esos Clissolds saben organizar, pero añade que el problema estriba en cómo se les podría organizar **a ellos;** lo cual es precisamente el problema que los Soviets

han resuelto con éxito, aunque no sobre la base de la propiedad privada, y aunque no en todos los casos haya sido necesario emplear la presión suave, pero persistente, del cañón de una pistola sobre el occipucio de Clissold.

Y así transcurrió la conversación. No es literalmente cierto que la entrevista no ofrezca pruebas de que nuestro querido Wells posea el sentido del oído; pero me atreveré a decir que la famosa táctica de Robert Owen: "No discutir nunca: repetid vuestra tesis", pocas veces habrá sido aplicada con más rigor que por Wells en esta ocasión. Me divierte tanto más cuanto que cuando conocí a Stalin, la primerísima cosa que advertí en él fué que era un hombre que sabía escuchar como pocos. No he visto nunca a un hombre que hable tan bien y que, sin embargo, muestre tan poca prisa en hablar como Stalin. Wells es un excelente conversador; pero es el hombre del mundo que peor escucha. Es una suerte que así sea; pues su visión es tan amplia y tan segura de sí, que la más leve contradicción despierta en él una furia ciega que se descarga en impaciencia desdeñosa y elocuencia vituperativa. Y ante ello es muy posible que Stalin no fuera tan indulgente como los amigos más íntimos de Wells aquí en su tierra.

Stalin le ofreció una salida. Le dijo:

"¿Qué pueden hacer (los Clissolds), aun animados de las mejores intenciones, si no son capaces de plantearse la cuestión de la toma del Poder y si no tienen en las manos ese Poder? Todo lo más podrán cooperar con la nueva clase que tome el Poder; pero por sí solos no podrán cambiar el universo. Esa es la tarea de una clase fuerte que aniquile a la clase capitalista, y que a su vez se erija en dueña absoluta. Y esa clase es la clase obrera. La intelectualidad técnica (los Clissolds, ya se entiende) no puede desempeñar un papel histórico independiente. La transformación del mundo constituye un proceso largo, complicado y doloroso. Tamaño propósito exige los esfuerzos de una clase que imponga respeto".

Es curioso observar hasta qué punto se parece esto a cuando Gladstone o Bright hacían gestos respetuosos ante el altar de ese ídolo del siglo XIX, que se llama la Opinión Pública. Wells pudo haber recordado a Stalin que los bolcheviques consiguieron la victoria por el concurso de la gran clase de los campesinos-soldados, que se empeñaron hasta el último instante en mantener la propiedad privada en su forma más extrema de propiedad campesina. Desde entonces Stalin y sus colegas no han abandonado un momento, a su vez, la gran tarea de exterminar esos campesinos y de sustituirlos por industrialistas cultos. Ya no es una paradoja decir que esa política cuenta con el apoyo entusiástico de sus víctimas más inteligentes en el mundo que no esté cordialmente de acuerdo con el principio de que, cuanto más diferente sea la suerte de su hijo de la suya propia, tanto mejor. Mas el jornalero ruso corriente, como los demás jornaleros, tiene que aceptar lo que Stalin y su Gobierno estiman que le conviene, y la pregunta que Wells pudo haber hecho es ésta: ¿Es que los líderes bolcheviques no son los Clissolds de Rusia, y no tiene razón Wells cuando sus esperanzas de salvar a la sociedad las cifra en una conspiración de Clissolds, elegidos y nombrados por sí mismos? Y por otra parte, ¿no tiene también razón Stalin al afirmar que esos líderes han de ser hombres de vocación irresistible, convencidos de que el capitalismo es un robo organizado contra el proletariado, hombres resueltos a acabar con ello sin ninguna clase de miramientos, del mismo modo que se acaba con otras clases de bandolerismo, y en absoluto indiferentes a sus intereses inmediatos al perseguir tal objetivo? En esa descripción puede reconocerse fácilmente a Lenín y a Stalin, pero no a Clissold, ni a Rockefeller, ni a Ford.

De todos modos, sean nuestros libertadores apóstoles o bien **parvenus** enérgicos, no se puede negar la premisa de Stalin de que no podrán transformar el mundo hasta que logren el poder político. Y también que, como no tengan un ideal comunista por el cual sientan más interés que por cualquier propio provecho personal, emplearán su poder en racionalizar el capitalismo, en vez de destruírlo. Wells no teme esto, porque cree que el capitalismo no es un sistema, sino un caos. Nunca cometió error más craso. El capitalismo, en teoría, sobre el papel, es de todas las utopías la más sistemática y cabalmente razonada. Fué su carácter completo y lógico, como plan capaz de obtener un rendimiento social óptimo de la institución de la propiedad privada, lo que hizo que pensadores humanitarios como De Quincey, Austin, Macaulay y los Utilitarios se reconciliaran con él, aun presenciando plenamente sus horrores actuales y los previsibles, antes de que el Socialismo pudiera concebirse como fuerza polítca. El sistema capitalista, como tal sistema, sigue enseñándose como norma básica en nuestras Universidades, y por lo tanto nos sigue amenazando la horrible posibilidad de que Wells llegue a estudiarlo algún día, y se pierda para el Socialismo tan completamente como Asquith o el deán Inge. El problema está realmente planteado entre la propiedad privada, con su distribución automática a base de privilegios, y la propiedad pública, con una distribución igualitaria deliberadamente impuesta. Clissold no sirve para el Socialismo mientras eluda este problema. De William Morris dijo Wells que era un poeta y un decorador. Esa no es la significación que William Morris tiene para nosotros; los poetas y los decoradores abundan por ahí. La significación característica de Morris fué su opinión, libremente expresada, de que los capitalistas ociosos son unos "ladrones infames" (1). Y para él el adjetivo infame era algo más que una mera decoración. Se echa de menos este matiz en Clissold; sin embargo, es el lema constante del Socialismo.

En esta reseña de la colisión entre Stalin y Wells, entre una fuerza irresistible y un obstáculo inconmovible, echamos de menos la descripción de Stalin por Wells y la opinión que aquél le me-

(1) La expresión literalmente empleada por Morris fué *damned thieves*. Pero el epíteto *damned* tiene en el uso corriente a más de la acepción que, desde luego, le dió William Morris y recalca aquí G. B. Shaw, un sentido harto más fuerte y peyorativo que su traducción literal «condenado». Corresponde más bien al que hemos estampado más arriba.

rece a éste (1). Asimismo anhelamos una descripción de Wells por Stalin y la opinión suya acerca de su interlocutor. Wells posee un verdadero genio para tales descripciones; pero Stalin también maneja una pluma mordaz, y en una polémica sabe meter en cintura a sus adversarios con la misma eficacia que ha metido a los **kulaks**. Quizá nos sea dado gozar de ambos deleites algún día.

Mientras tanto, demos gracias a la Providencia por el hecho de que no hayan llegado a las manos con motivo de sus diferencias de opinión. Stalin desterró a Trotski y se ha convertido en el Máximo Pontífice de la nueva Iglesia rusocatólica del Comunismo por dos razones. En primer lugar, es un estadista nacionalista práctico, y reconoce que Rusia ya es bastante grande para unos gobernantes que no pasan de ser simples mortales, sin que tengan que abarcar además el resto del mundo. (Wells no se conforma con nada menos que un Estado Mundial). En segundo lugar, Stalin, inflexible en cuanto a su objetivo final, es un completo oportunista en cuanto a los medios para alcanzarlo. Así se lo expone a Wells en dos frases memorables: "Yo no soy partidario del orden por el orden, o sea de cualquier clase de orden. No; soy partidario del orden que corresponde a los intereses de la clase obrera". Es evidente que Stalin es un hombre capaz de actuar; incluso, si ello es necesario, de apartar a Trotski y a la revolución mundial del orden del día. A Wells y a su Estado Mundial sin revolución, los borra asimismo del programa por ahora.

Me parece una lástima que Wells deja a Stalin alguna duda acerca de si es un amigo o un enemigo de la nueva Rusia. El miércoles de la semana pasada, Mr. Chesterton, hablando por radio desde Portland Place, censuró elocuentemente a Edmund Burke por la manera cómo se desmoronó su liberalismo al ser puesto a prueba por la Revolución francesa, y en cambio elogió a Fox por haberse quedado al pie del cañón. Y en la mismísima frase Mr. Chesterton se desplomó repentinamente en los brazos de la duquesa de Atholl (hablo en sentido figurado), cual una montaña sobre el pecho de una margarita, al describir, del modo más gratuito, el bolchevismo como "la explotación ilimitada del trabajo".

Ahora bien: cuando un comentador tan intrépido como Chesterton, que como partidario de la distribución de la riqueza pretende situarse a la izquierda del comunismo, es capaz de rivalizar con el mismo Burke y aun rebasarlo de tal modo, ¿en quién podrá Stalin tener confianza en Inglaterra? Durante mucho tiempo se rieron de mí en Rusia, considerándome como "un buen hombre caído entre los fabianos"; mas los dos viejos hiperfabianos, Webb y Shaw, nos hemos quedado al pie de nuestro cañón, como Fox, mientras que los socialistas sentimentales huían de Stalin en todas direcciones, chillando, como San Pedro: "¡No conozco a ese hombre!" Stalin es casi **persona grata** en el Ministerio británico de Negocios Extranjeros, como nuestro único baluarte contra el imperialismo japonés, mientras que nuestras sociedades y partidos que se dicen abiertamente socialistas ayudan ciegamente a la chusma capitalista que está intentando exportar nuestros dineros, harto escasos ya, para lograr su parte en la explotación del Manchukuo y de China. Y esto lo hacen por despecho contra el Comunismo. ¡Bonito juego!

El señor Wells, desdeñando olímpicamente la existencia del Comité de la Sociedad de Naciones para la Cooperación Intelectual, así como todas las Internacionales: Primera, Segunda y Tercera, ofrece a Rusia el P. E. N. Club como sustitutivo. La oferta ha dejado a Rusia muda por el asombro. Yo, que pertenezco a ese Club, siento una fuerte tentación de poner a prueba su cultura política proponiendo que invitemos a Stalin a la próxima cena del Club.

(1) Esta omisión queda subsanada en el segundo tomo de la interesantísima autobiografía de Wells. Ahí paga fervoroso tributo a la rectitud y a la gran simpatía de Stalin, pero le ciega su fobia antimárxista en cuanto a la vigorosa inteligencia de Stalin y a su comprensión realista de la situación histórica. *G. B. Shaw.*

J. M. Keynes contesta a G. B. Shaw

¿Cuál es la diferencia entre Shaw y Wells? La misma diferencia que existe entre el clero y los hombres de ciencia. Shaw cree que él y nosotros **sabemos** todo lo que hay que saber, y que tan sólo nuestra maldad se interpone entre nosotros y aquello que debería ser. Da por descontado nuestro conocimiento, y considera nuestros sentimientos, nuestras pasiones, como el elemento variable en el sistema. Pero Wells da por descontados nuestros sentimientos y considera nuestros conocimientos como lo variable. En su opinión, será un cambio en nuestros conocimientos lo que habrá de operar la transformación. Wells es un buscador, un investigador. Pero Shaw ha llegado a ser tan dogmático, que apenas si se diferencia su entusiasmo según se trate de Stalin o de Mussolini. Hasta tomaría la defensa del papa (según vemos en su **Santa Juana**) si no fuera Su Santidad tan suave y tolerante.

De ahí nace la interpretación falsa, brillantemente maligna, que ofrece Shaw de la atmósfera en que se desarrolló la entrevista de Wells con Stalin. La descripción que yo haría de esa entrevista es la de un hombre que lucha con un gramófono. La reproducción es excelente, el disco es perfecto. Y ahí tenemos al pobre Wells haciéndose la ilusión de que le va a ser posible convencer a la aguja y apartarla del disco, para oír a éste—vana esperanza—hablar

Hombres exóticos

= *Envío del autor. Costa Rica, marzo de 1935* =

Por esas calles de Dios ambulan dos hombres exóticos: misioneros o ermitaños, por las trazas. Sobre sus hombros caen cabellos de oro, en rizos; la tez en que chisporrotea la salud, está sombreada por una barba al uso antiguo. Tienen pestañas largas y encorvadas; nariz erásmica. Visten verdes trajes vistosos; sus pies calzan alpargatas. Son peregrinos que predican su doctrina: que es sincera: y que amacizada de verdad, se impone. Después de filosofar le han estampado sentido al sino de su vida. Creen a puño cerrado que en las ciudades, en donde todo es jácara y solaz, sucumben los bríos generosos del pensamiento y el espíritu. En las urbes, para estos viajeros, fallecen los ideales; y por el contrario, cuajan los deseos impuros, los empeños de menguada ley que conducen al apocalipsis social. Lujo, boato, concupiscencia son preocupaciones sin levante; codicia, ambición desmedida, truco y engolamiento, lucha por una existencia volandera y ruidosa, traen consigo nada más que cansancio, desmayo, muerte. Los dos extraños hombres invitan a sus semejantes para que abandonen el poblado y sus pompas, y vayan en el lleno de su alborozo, camino del campo—praderas, montes gallardos, selvas bravías colmadas de colmenas y de ansiedades—que es cristalización temblorosa de jugos y perfumes, sobre la tierra, hecha alma y esmeralda. La vida natural, ellos aconsejan. La naturaleza ofrece conocimiento, juventud, vigor. Frescas ramas, ¡alegría!; frutos aromosos, ¡placer! La paz geórgica es paz superior. El Edén sólo puede estar situado entre parajes cubiertos de árboles sanos como la virtud, rebosante de aves de lenguas arpadas y de orquídeas que convidan a la oración y al éxtasis. La Biblia tuvo su génesis en la montaña en donde los arroyuelos copian los gobelinos del cielo, y esas grandes medallones, todos iridiscencia, que se llaman estrellas.

Estos predicadores de una risueña inquietud recuerdan a Don Quijote cuando habló de la edad dorada y siglos dichosos: a nadie, dice Cervantes, le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano. Recuerdan a Don Juan Montalvo que prefería el agua de las fuentes nemorosas al champaña que burbujea en copas que pesan lo que una flor. Traen a la mente las meditaciones, de apolínea subjetividad, de Federico Amiel —tan incomprendido en la época—que recorría los predios recogiendo prímulas cargadas de miel y escribiendo luego cómo sentía reventar liliares en su intimidad espiritual.

En verdad, estos hombres llevan una llama del más fino Ofir dentro del corazón. La vida sencilla, de trabajo, cerma del señorío de Pan y su corte de ninfas y faunesas; la vida retirada y armoniosa, entre el aire limpio, sólo empañado por los pájaros voladores, es vida de dulzura, y de bella si no acabada sabiduría.

Carlos Jinesta

en tonos humanos. Shaw se burla de las pequeñas simulaciones de Wells, en las que éste se muesra patéticamente consciente de que es preciso ser cortés con quien le recibe a uno, incluso cuando se trata de un gramófono. Reprocha a Wells el no saber escuchar. Mas, en realidad, la flaqueza de Wells es que no puede aguantar los gramófonos. Está disfrutando de la más interesante entrevista de su vida, y se aburre hasta lo indecible. Lucha desesperadamente. Trata de convencer, de engatusar, torpemente. Pero no le sirve de nada. Hasta el fin la reproducción es excelente y el disco perfecto.

Escribe Shaw que Wells "no fué a ver a Stalin para aprender algo de él, sino para darle una lección". Nada menos cierto. Muy al contrario. Lo que le pasa a Wells es que todavía no ha encontrado jamás una enseñanza que pudiera brindar satisfactoriamente. No tiene nada que ofrecer a Stalin. He aquí lo que Stalin pudo haberle hecho observar, si los gramófonos tuviesen oídos.

Pido a Shaw y a Stalin que admitan la posibilidad de que, por simple reflexión de la inteligencia, se puede contribuir en alguna forma a la solución del problema, y que admitan también la posibilidad de que su tradicional interpretación no se halla de acuerdo con los hechos actuales. Shaw habla del "sistema básico" que los economistas "enseñan aún como norma en nuestras Universidades", y de cómo "fué su carácter completo y lógico..., lo que hizo que pensadores humanitarios como De Quincey, Austin, Macaulay y los Utilitarios se reconciliaran con él, aun presenciando plenamente sus horrores actuales y los previsibles". Me agrada este párrafo: está excelentemente dicho. Pero Shaw olvida que él y Stalin se hallan bajo el señorío intelectual de ese sistema básico tan completamente como Asquith y el deán Inge. El sistema dió nacimiento a dos familias: la de aquellos que lo consideraban cierto e inevitable y la de los que lo consideraron cierto e intolerable. No hubo una tercera escuela sobre esta materia en el siglo décimonono. Sin embargo, queda una tercera posibilidad: la de que el sistema no sea cierto. Es ésta una idea sumamente demoledora para los dogmáticos—a nadie habría de molestar más que a Stalin—, pero en extremo regocijante para los hombres de ciencia.

Es esta tercera alternativa la que ha de permitirnos encontrar una salida. El sistema básico está fundado en un error intelectual. El disipar este error y sustituirlo con una teoría económica más exacta, tan manifiestamente aplicable a nuestros problemas como la teoría eléctrica es aplicable a los problemas prácticos del electricista, modificará nuestros puntos de vista de una manera mucho más amplia de lo que prevén todavía Shaw y Stalin. Nuestra tarea más urgente es la elaboración de un nuevo sistema básico, merced al cual los economistas se justifiquen al tomar asiento al lado de los demás hombres de ciencia. Las dotes peculiares de imaginación que Wells posee estriban en comprender de un modo creador las posibilidades y consecuencias últimas de los datos que le suministran los hombres de ciencia contemporáneos. Es a un tiempo un soñador social y político—o cuando menos ha llegado a serlo a medida que avanza en edad—, mucho más que un soñador técnico o matemático; de la escuela de Platón, no de la de Pitágoras o de Arquímedes. La desdicha de Wells ha sido el pertenecer a una generación a la que sus economistas no le han brindado nada nuevo. No le han dado base alguna desde la cual su imaginación pudiera lanzarse. Pero, a pesar de ello, Wells tiene conciencia plena, y con ra-

Versos nuevos

Por VICTORIA BERTRAND

═ *Envío de la autora.* Nueva York, N. Y. Enero de 1935. ═

EMANCIPADA

Me has dejado una sombra de tristeza
al irte para siempre de mi lado,
a pesar de mi impávida entereza,
quién sabe si en secreto te he llorado...

Los mares sin tormentas de tus ojos
que todas sus ternuras me han brindado,
dejáronme tristeza en mis antojos:
la tristeza sutil de haber triunfado.

No estoy arrepentida. Mi existencia,
tras horas del espíritu sangrientas,
logró hasta de tu amor su independencia.

Pero era todo un sueño la promesa
en tus ojos de mares sin tormentas....
Me has dejado una sombra de tristeza.

POR TELEFONO

Era su misma voz, pero ya plena
de todo lo que sabe a lejanía;
sin embargo, también estaba llena
del eco de aquel tiempo en que fué mía.

Eco vago que trae a mi serena
existencia inquietudes todavía:
el eco de la vida que fué buena,
el eco de la dicha que fué mía.

Al oírlo, tembló mi ser entero,
mas las palabras como frío acero,
segaron, al nacer, mi fantasía.

Y al ver la insensatez de mi constancia,
le contesté, al través de la distancia,
con voz plena también de lejanía.

A UN JUDIO

En tus ojos—que saben de desvelos—
una luz de inquietud que me ilumina
surgió al par de aquella otra, la doctrina
que de herencia te dieron tus abuelos.

Fué la luz de inquietud de la cristiana
fiebre de amor que de mi estirpe heredo
con toda su dulzura y con el credo
de que toda riqueza es cosa vana.

Fué la duda de toda tu existencia
y un vuelo de amplitud de mi conciencia....
Mas triunfaron por fin nuestros abuelos.

Me conformo con el recuerdo amado
de la luz de inquietud que se ha quedado
en tus ojos—que saben de desvelos.

A UN BANQUERO

Este hombre de acero con los ojos de ensueño
me cambió el corazón. Mi orgullo intelectual
se rindió ante el dominio de este hombre norteño
cuyos ojos encierran mi cielo tropical.

Este déspota fiero de millones el dueño
se ha metido en mi espíritu con su extraño mirar
porque al verme en sus ojos, bajo su fiero ceño,
me olvidé de otros ojos que me hicieron llorar.

¿Fué el contraste imposible? ¿Este déspota fiero
con un sueño en los ojos?... Yo no sé la razón.
Sólo sé que de súbito, este hombre de acero,
con sus ojos de ensueño, me cambió el corazón.

zón, de que su mente se aloja en lo por venir, mientras que la de Shaw y la de Stalin permanecen en lo pasado.

No es sólo que la vieja teoría esté equivocada. Es que las cosas cambian en el mundo. Shaw y Stalin se dan todavía por satisfechos con el cuadro del mundo capitalista que trazara Marx; cuadro que tenía mucha verosimilitud en su tiempo, pero que está tan cambiado, que no es posible reconocerlo—dado el rápido fluir del mundo moderno—tres cuartos de siglo después. Ellos miran hacia atrás, hacia lo que fué el capitalismo, no hacia adelante, hacia lo que está en trance de llegar a ser. Es el sino de los que dogmatizan en la esfera social y económica, en que la evolución se realiza a un ritmo vertiginoso de una forma de sociedad a otra. En la segunda mitad del siglo XIX era plausible decir que los capitalistas—entendiéndose por ello los caudillos de la City y los capitanes de industria—tenían el Poder en sus manos. Era plausible decir que la organización económica de la sociedad, pese a sus faltas evidentes, convenía en su conjunto a esos hombres, y que, mientras detentasen el Poder, se opondrían con éxito a los cambios importantes que trataran de implantar otros elementos. Tampoco era fácil en 1870 prever cómo el Poder podría pasar de sus manos a otras por un proceso pacífico y evolutivo. Es cierto que, por espacio de una generación después de esa fecha, su poder efectivo siguió aumentando principalmente a expensas del régimen aristocrático de los grandes terratenientes, que había precedido a aquéllos. La reina Victoria murió siendo monarca del imperio más capitalista sobre el cual el sol se haya puesto (o no se haya puesto) jamás.

Si Shaw hubiera seguido leyendo los periódicos desde la muerte de la reina Victoria, sabría que una serie completa de acontecimientos ha destruído aquella forma de sociedad. Una de las causas principales pudiera ser una especie de ley natural, con arreglo a la cual los gigantes de la selva no tienen sucesores inmediatos. Los caudillos de la City y los capitalistas de industria fueron unos chicos imponentes en el apogeo de su gloria, y con el tiempo se convirtieron en unos viejos tremendos, cuya visión quedaba un tanto borrosa, pero cuya tenacidad y potencia de voluntad permanecían indómitas. Los retoños de la misma simiente no podían sobrevivir a su sombra. Cuando los gigantes se desplomaron con el correr de los años, se vió que abajo, en la selva, estaba creciendo otra clase de árbol. Y han ocurrido otras muchas cosas. El capitalista ha perdido la fuente de que manaba su fuerza interna: su seguridad, su confianza en sí mismo, su voluntad indomable, su creencia en su propia perfección y en su valor indiscutible para la sociedad. Bien saben los dioses que es hoy un ser desamparado. En el mejor de los casos, un Clissold patético, lleno de buenas intenciones. El primer lord Revelstoke, el primer lord Rothschild, el primer lord Goschen, sir Lothian Bell, sir Ernest Cassel, los banqueros particulares, las familias navieras, los príncipes del comercio, los contratistas que abarcaban el mundo entero, los barones, hijos de sus propias obras, de Birmingham, de Manchester, de Liverpool y de Glasgow, ¿dónde están ahora? Ya no quedan tales seres en la Tierra. Sus recaderos (empleados) gobiernan hoy en sus mausoleos.

De este modo, por un motivo u otro, el tiempo, las Compañías Anónimas y los funcionaros del Estado han traído, silenciosamente, la clase asalariada al Poder. No es todavía un Proletariado. Pero sí, desde luego, un Salariado. Y hay en ello una gran diferencia. Además, el siglo XIX, con todos sus horrores, les convenía a los hombres que se hallaban en el Poder. Les agradaba. Bien podía decir Marx que nada sería capaz de derribar a esos Houyhnhnms (1), como no fuera organizando a las miriadas de liliputienses y armándolos con flechas envenenadas. Pero el caos de hoy no conviene a nadie. El problema, hoy, consiste en buscar buen consejo, y luego convencer a los bienintencionados de que el consejo es bueno. En cuanto Wells consiga descubrir lo que se necesita, el público se lo ha de ingurgitar a grandes tragos, y el Salariado más a prisa que el Proletariado. No existe resistencia en masa contra una nueva dirección. El peligro es de índole opuesta: el de que la sociedad, en su perplejidad y descontento, se lance a algo peor. La revolución, como Wells lo dice, es anacrónica. Porque una revolución va contra el poder personal. En Inglaterra hoy nadie tiene poder personal.

(1) Caballos descritos en los *Viajes de Gulliver*, de Swift.

Con todo, que se consuele Stalin. Después de todo lo que acabo de exponer, no he tocado el punto que constituye la verdadera fuerza del Comunismo. En la superficie, el Comunismo sobrestima enormemente el significado del problema económico. Este no es tan difícil de resolver. Si lo dejan a mi cargo, me ocuparé de resolverlo. Pero cuando lo haya resuelto no recibiré, ni mereceré, mucha gratitud. Porque lo único que habré hecho será revelar que el verdadero problema, oculto tras de aquél, es muy distinto, y que se halla más lejos que nunca de su solución. En lo hondo, el Comunismo saca su fuerza de fuentes más profundas y más serias. Si nos lo presentan como medio de mejorar la situación económica, constituye un insulto a nuestra inteligencia. Pero si nos lo ofrecen como medio para empeorar la situación económica, entonces posee un atractivo sutil y casi irresistible.

El Comunismo no es una reacción contra el fracaso del siglo XIX en organizar una producción económica óptima. Es una reacción contra su éxito relativo. Es una protesta contra la oquedad del bienestar económico, un llamamiento al elemento ascético que existe en todos nosotros para la creación de otros valores. Es el clérigo que hay en Wells — al que el hombre de ciencia está muy lejos de haber extinguido—, quien le lleva a Moscú para dar

un vistazo a las cosas de allá. Es Shaw, el viejo cura más noble del mundo, y el menos científico, quien sale en defensa de la buena causa: la de poner al economista en su sitio, por debajo del suelo. La juventud idealista juega con el Comunismo porque es el único llamamiento espiritual que le parece contemporáneo; pero la Economía comunista le aburre y le molesta. Cuando los estudiantes de Cambridge hacen su inevitable viaje a Bolchevikilandia, ¿acaso les desilusiona encontrarlo todo terriblemente desprovisto de comodidades? Claro que no. Eso es lo que están buscando.

De suerte que tributo mi respetuoso homenaje a nuestros dos grandes viejos maestros de escuela, **a ambos**, a Shaw y a Wells, a cuyas clases la mayor parte de nosotros ha asistido toda su vida: nuestro maestro de teología y nuestro maestro en cosas desagradables. ¡Ojalá hubiéramos tenido además un tercero, igual a ellos en su especialidad, para enseñarnos las humanidades y las artes!

(Concluirán en la próxima entrega)

La penetración en Colombia de la All American Cables

= De *Colombia Nacionalista*. - Medellín, Antioquia. Colombia. =

Todo observador colombiano ha debido notar el auge de la empresa cablegráfica **All America Cables** en Colombia. **Hace algunos años,** esta compañía norteamericana, subsidiaria del monopolio telegráfico de los Estados Unidos, recibía mensajes del comercio colombiano en los puertos del país como Buenaventura y Barranquilla, mensajes que los telégrafos nacionales tomaban en el interior. Los gobiernos anteriores al de Olaya Herrera le pusieron valla, con toda energía, a la penetración de la All America en Colombia.

Pero hoy es a otro precio. La empresa saxoamericana tiene sus oficinas en casi todos los grandes centros de Colombia y prácticamente se ha acaparado el negocio de los telégrafos, habiendo sido el ex-presidente Olaya su gran benefactor.

Así es como vemos que los periódicos reciben telegramas de sus corresponsales en otros centros del país marcados **All America.**

Fué marcadísimo y a ninguna persona consciente se le ocultó el abandono en que la administración Olaya mantuvo las líneas telegráficas nacionales. Y la explicación es sencilla. El señor Merrill era el amigo íntimo del que hasta hace pocos meses era presidente de Colombia —y todo se arregló durante la estada de éste en los Estados Unidos, antes de ser elegido primer mandatario del país y durante los meses que permaneció en Washington y Nueva York como Presidente electo. Con razón que el Gobierno de los Estados Unidos prohibiera la lectura en el congreso de aquel país, durante la Investigación Johnson, de las cartas y cables que el señor Olaya se cruzó con el señor Merrill y otros funcionarios de las grandes empresas yanquis que explotan nuestro territorio. Fué entonces cuando el mismo senador Johnson manifestó que **"Si el público de Colombia se impusiera del contenido de esos comunicados podría ocurrir un alzamiento armado en el país".**

De la misma manera que hizo entrega del Catatumbo y de otros bienes que forman parte del sagrado patrimonio de los colombianos, Olaya Herrera cumplió fielmente con las promesas hechas a su amigo personal, señor Merrill, el que en Nueva York se constituyó en presidente del Comité de Festejos a Olaya y a quien había que pedirle permiso para ver al presidente electo. Hoy día tenemos, pues, a la All America Cables prácticamente posesionada del negocio de telégrafos en Colombia y no transcurrirán muchos años antes de que las líneas telegráficas nacionales se caigan totalmente por desidia oficial y que el monopolio yanqui se quede en completo control del negocio de comunicaciones en el país.

¿Se han dado cuenta los colombianos que utilizan las líneas de la **All America Cables** que cada vez que lo hacen desangran la estructura económica de Colombia? ¿Se han dado cuenta que todo mensaje telegráfico por ese conducto equivale a una salida de oro de nuestro país hacia el exterior, que jamás volverá?

Cómo sacan estos señores sus millones anualmente, nadie sabe. Las dificultades para sacar oro del país todos sabemos, son para los hijos de Colombia, pues los pulpos que nos explotan, así como las minas de oro de propiedad extranjera no parecen tropezar con graves inconvenientes, ya que en Wall Street frecuentemente se habla de los "Pingües dividendos" que las minas norteamericanas reparten entre sus accionistas. Y dividendos no podrían repartir si el oro no estuviera siendo sacado del país por dichas empresas extranjeras...

Como Presidente de una supuesta "Sociedad Panamericana," o para ser más exactos "Pan American Society", constituída en Nueva York hace algunos años, el Presidente de la All America mantiene una suavísima y sutilísima explotación del panamericanismo con enormes resultados monetarios para su compañía y para las compañías que, como la suya, forman parte de dicho grupo "panamericano". El día panamericano, 14 de abril, lo vemos predicando por radio, dirigiéndose a todos los pueblos de América con frases llenas de amor y de cariño hacia ellos.

Llegan los presidentes electos de Colombia y de otras repúblicas hispanoamericanas, y llegan los cónsules y los ministros de éstas, e inmediatamente el señor Merrill y sus compañeros en la **Pan American Society** organizan el banquete de reglamento. Allí se pronuncian frases del más exquisito acercamiento entre los pueblos, se declara **enfáticamente** que la raza (del país de donde venga el funcionario, cualquiera que sea), es la **más pura de Sur América,** que sus hombres son los más intelectuales, sus mujeres las más bellas, etc., etc. El mismo secretario del señor Merrill nos informó en Nueva York, en alguna ocasión, que él había tenido que llamarle la atención a su jefe por el exagerado uso que hacía de ciertos adjetivos enaltecedores, que, según el secretario, se volvían cansones y hasta ridículos.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

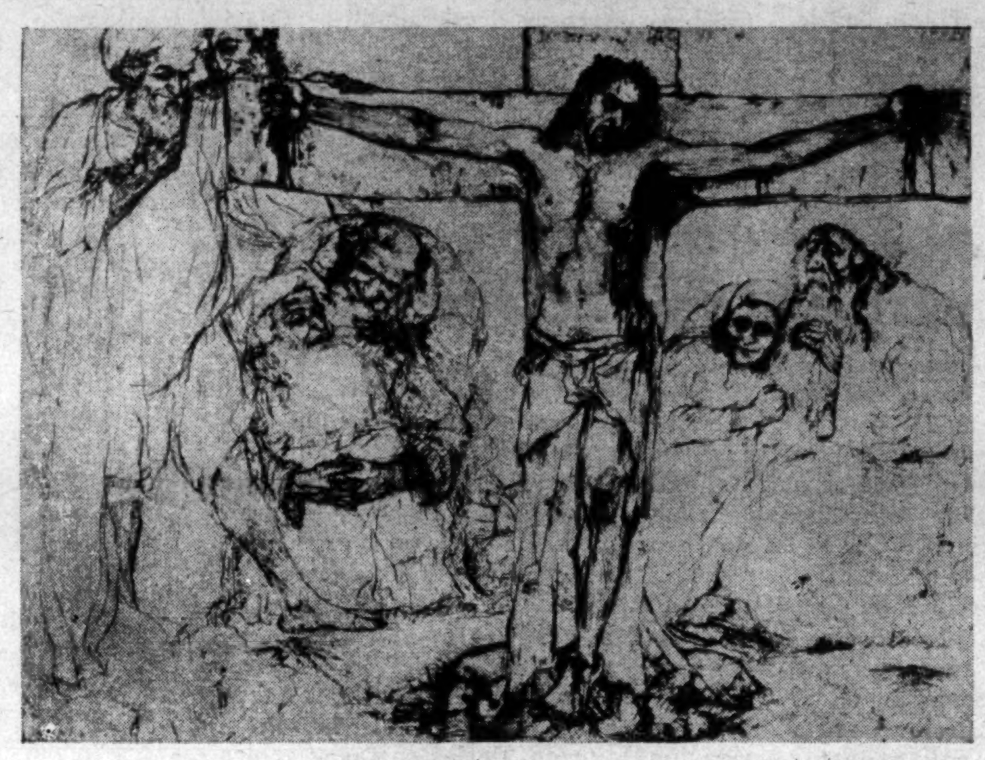
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Represetan nte en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Jesús en la Cruz

Por ROMULO TOVAR

= *Colaboración*. Costa Rica y abril del 35. =



Fariseos

Grabado de *Lorenzo Gigli*

"Y El, llevando su cruz". Así dice Juan el Evangelista. No dice más acerca de esto. Jesús lleva su cruz. En esa cruz El va a ser exaltado y El la lleva humildemente sobre sus hombros, sin protesta. Es necesario que así sea para su gloria. Desde esta altura el Maestro dirá su última lección. Ya habló desde el monte; ya habló desde el templo; ya habló desde la tribuna del Cenáculo; ya habló desde el Pozo de Jacob. Ahora va a hablar desde su martirio. Es la suprema altura. Lo que desde allí diga lo escucharán todos los hombres. Las palabras que desde allí pronuncie harán resonar su eco por todos los siglos. Ese es su verdadero lugar. Desde allí se dominan todos los reinos del mundo. Hasta allí llegan las voces tormentosas de todos los abismos. Desde allí se ve la Noche y la Aurora de las almas. Es más alta que la montaña; es más alta que la torre del templo; es más alta que la silla de los sacerdotes. Desde aquel trono augusto Jesús va a ver todos los corazones que sufren. Entonces dirá su mensaje de perdón.

Qué majestuoso es este Maestro del espíritu llevando su cruz. Los Reyes van a sus fiestas en hombros de sus súbditos. También el cadáver de lo Reyes es llevado al sepulcro sobre los hombros serviles de sus súbditos. Pero Jesús no va como un cadáver. Va como un hombre vivo. Así camina con su gloria sobre sus propios hombros. Nada tiene más que esta cruz. Es su tesoro, es su riqueza, es su gloria, es su lujo, es su premio. Mientras la tumba del Faraón se colma de indiferentes maravillas, Jesús no tiene más que la cruz. Su hermana o su amada. Sus manos se apoyan sobre el madero como azucenas. Sus ojos se deleitan en la contemplación de ese caudal como en las mejores horas se agradaron viendo las rosas del campo. Del fondo maravilloso del Maestro sale un canto: Oh, hermana mía. Mis brazos se entrelazarán a tus brazos. Mi frente reposará sobre tu seno. Tú me acoges con la piedad de una madre. Tú me abrasas en tu pasión. Tú me levantas para que esté más cerca de mi padre". Y la cruz le responde: Oh Maestro, yo no era nada y tú me ennobleces; Yo estaba oculta en la miseria y la modestia, y tú me desposas y me conviertes en la reina de la vida. Yo no seguí a las multitudes que se enajenaban tras de tu doctrina y tú te olvidas de todos y me elijes a mí para tu compañera. Yo dormía y tú me despiertas. Yo callaba y tú me haces elocuente. Yo no me conocía y tú me enseñas mi destino. Yo estaba en las profundidades y tú me has puesto sobre todas las cumbres. Yo me sentía estéril, y ahora he florecido como una rama fresca. Delante de mí no existirán las tinieblas. Tu Corazón sangrante será como una eterna luz. Todos los soles se hundirán en la oscuridad; todas las estrellas se apagarán en el firmamento. En cambio, mi brazos mantendrán despierta tu claridad inefable. Los hombres dirán: ¿qué importa que se apaguen las estrellas? El nos alumbra con su dolor y su sangre.

Te han abandonado todos los hombres; te han despreciado todos los monarcas; te han humillado todos los viles; te injurian todos los jueces del mundo. Solamente la cruz sobre sus hombros sigue el camino de su excelso martirio. Ya Dios no está oculto. Ya no lo buscará el sabio en el Misterio; ya no dirá: Dios el desconocido. Sobre la cruz está el Dios de la Verdad y de la Eternidad. Sus ojos se abren compasivos; su pecho tiembla conmovido; su boca abunda en palabras consoladoras. Dirán los hombres: Dios era nuestro hermano, estaba cerca de nosotros; comía en nuestros banquetes; ahora sabemos que era El. Sí, es El. Pasó cerca de nuestro corazón sin turbar nuestro sueño; pasó cerca de nuestras ansiedades, sin atormentarnos; pasó cerca de nuestras esperanzas, sin escandalizar nuestra alma. Habló a nuestros oídos y no le escuchamos. Nos ofreció el vino de su gloria y lo desechamos. Nos quiso dar el pan de la salvación y no quisimos recibirlo. Llamó a nuestra puerta y creímos que era un ladrón. Tocó sobre nuestro sepulcro y no respondimos de temor a la Vida. Era El. Oh, si lo hubiéramos sabido! Si hubiéramos sabido que el mendigo que nos solicitó un mendrugo de pan era El. Habríamos hecho una gran fiesta. Habríamos hecho resonar todas las arpas. Habríamos llenado el espacio de cantos extraordinarios. Habríamos regado sobre sus cabellos los más exquisitos perfumes. Era El aquel que se sentó a nuestra puerta y nos dijo: El hijo del hombre no tiene una piedra en que reposar su cabeza. Le habríamos ofrecido nuestras sedas, nuestras plumas suaves, aun nuestras manos. Nuestros ojos abiertos no lo vieron. En cambio, lo vieron espléndidamente los ciegos. Los sordos escucharon sus magníficos acentos. Nuestros oídos fueron ante sus lecciones como inmensos muros de piedra. Las mujeres lloraron al verlo. Nuestro corazón fué insensible a su evangelio.

Entonces El eligió la cruz. Todos me han despreciado. Sólo ella me aguardó pacientemente. Y ahora que los hombres despiertan a la evidencia del dios, gritan desesperados: Maestro, déjanos llevar tu cruz. Yo no os conozco, dice el Maestro. Yo no os conozco. ¿No es cruel esto? He aquí los que niegan el Espíritu. Serán expulsados de la gracia del Espíritu. De las piedras Dios puede hacer hijos a Abraham. Se levantarán las piedras y conocerán al profeta. Y la cruz exclamará: ¿No es de mi seno de donde ha surgido este cordero de pasión?

Oh, sí, de tu seno ha nacido ese dios joven y bello! En tu seno estaban guardadas como joyas preciosas las parábolas encantadoras del profeta. En tu seno, como un germen divino, estaba la doctrina del ampr. Tú eres más grande que Salomón; tú eres más bella que que la Sulamita; tú eres el árbol de la Sabiduría. Sobre tu magnificencia, sobre tu esplendor, sobre tu firmeza inconmovible, Dios se ha levantado para mostrarse eternamente a las almas. Levantad la cabeza humillada y me veréis. Ahora no podrá decir el hombre que ignora todas las cosas del Cielo: aquí está el maestro de inmortales voces. Es Dios mismo quien ha construído su propio templo. Los enfermos y los tristes encontrarán su alegría bajo mi sombra. Yo soy el faro que brilla hermosamente en la noche de los siglos. Sobre sus flancos las olas de la tempestad al chocar se transformarán en montones de lirios. Las sombras se transformarán en auroras Y todos aquellos que lloren a sus pies verán sus lágrimas en el firmamento como nuevas estrellas. ¿Habrá espectáculo más grande que el de este Rey y esta Reina presidiendo los destinos del Universo?

Imprenta «LA TRIBUNA»